



Marcel
Lefebvre

VIDA DE MONSEÑOR LEFEBVRE CONTADA POR ÉL MISMO

Introducción

PREFACIO DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR BERNARD FELLAY

Estimado lector,

Nuestras Hermanas aprovecharon una ocasión en que Monseñor Marcel Lefebvre, su fundador, estaba entre ellas, en la Abadía Saint-Michel, donde le gustaba retirarse para pasar algunos días, para pedirle algunas conferencias.

Como un buen padre que adivina los secretos deseos de sus hijos, Monseñor les entregó en algunas charlas un pequeño resumen de su vida.

Se admirará en él la simplicidad de su corazón, la humildad que supo conservar a pesar de sus altos cargos, la dulzura que supo irradiar siempre a través de las adversidades de tantos años de combate por la Iglesia.

Puedan estas confidencias que siguen (cuyo sabor se ha tratado de conservar respetando su estilo hablado) ayudarnos a captar mejor el alma magnífica de este heraldo de la fe y defensor del Sacerdoció católico.

Sydney, 17 de octubre de 1995
fiesta de Santa Margarita María,
† *Bernard Fellay*

INTRODUCCIÓN DE MONSEÑOR LEFEBVRE

Me han preguntado si daría conferencias a las Hermanas. ¡Oh! si ellas me lo pidiesen, les contaría con gusto *las pequeñas historias de mi larga historia*. Les hablaría un poco, con toda sencillez, de lo que Dios hizo por mí en el transcurso de mi existencia.

Me he preguntado cómo titular estas conferencias, y he pensado :

*«Los caminos de la Providencia
en el curso de mi vida
y cómo es bueno
remitirse totalmente a Ella
para agradar a Dios.»*

Ut placeat tibi Domine Deus.

Es la oración que leemos en el Ofertorio : «*Os ofrecemos este sacrificio*», nuestro sacrificio en unión con el vuestro para que Os agrade.

Ut placeat tibi Domine Deus.

Confieso que mis ochenta u ochenta y dos años de vida consciente —pues no hablo demasiado de los años de infancia, de la primera infancia— me han enseñado justamente a seguir la Providencia, a buscar en las circunstancias y en los acontecimientos de la vida cuál es la voluntad de Dios para tratar de seguirla.

CAPÍTULO 1

La infancia

Pasamos *algunos años de vida apacible en familia con buenos padres cristianos*, profundamente cristianos. Es cierto que la iglesia parroquial no estaba lejos, cinco minutos a pie. Cada mañana mis padres acudían a ella muy temprano para comulgar, y asistir a Misa cuando podían. En aquel tiempo, en la parroquia, un sacerdote daba la comunión cada cuarto de hora, desde las cinco y cuarto de la mañana hasta las nueve, si mal no recuerdo. Era costumbre en aquel tiempo, porque muchas personas acudían al trabajo y no disponían del tiempo para quedarse a la Misa. Por eso, quien llegaba a la iglesia algunos minutos antes del cuarto de hora, estaba seguro de poder comulgar. Algunos minutos para prepararse, algunos minutos para la acción de gracias después de haber comulgado, y se partía luego al trabajo. Mis padres tenían la costumbre de asistir a la Santa Misa, pero si no podían, al menos comulgaban.

Observando las leyes de Dios, comenzaron por tener cinco hijos, uno por año, y luego otros tres algún tiempo más tarde. Tres en 1903, 1904, 1905, los tres primeros¹; luego, en 1907, mi hermana María Gabriel, en 1908 mi hermana María Christiane, y en 1914, justo antes del comienzo de la guerra, José. Finalmente, los otros dos después de la guerra.

Vivíamos felices durante esos años que precedieron la guerra. Mis padres se habían casado en 1902, yo nací en 1905. Por lo tanto, tenía yo nueve años cuando se declaró la guerra.

EL AMBIENTE DE VIDA EN EL NORTE

El ambiente de vida en el Norte era un ambiente de trabajo. El trabajo en la fábrica lo dominaba todo. Cada cual acude a la fábrica, patrón, empleado, obrero; uno a las seis de la mañana, otro a las siete y media. El obrero se queda en su trabajo hasta el toque de campana, y el patrón algunas veces hasta las nueve o las diez de la noche. Y eso es así cada día.

Fábrica textil : a las cinco y media o seis de la mañana se oía cómo los trabajos se ponían en marcha. Las chimeneas comenzaban a humear, pues todo funcionaba con carbón; aún no había electricidad. La vida era regular, un poco monótona. El tiempo en esas regiones es generalmente nublado, un poco gris, lo cual no incita mucho a ir de paseo. Por eso a la gente le gusta el trabajo, y se sentiría desgraciada si no fuese a trabajar. Es un poco parecido a Suiza alemana : es lo mismo, no me podrán decir lo contrario. Cuando visité Ibach en la región de Schwytz, había una señora, la señora Elsener, muy buena persona, que tenía una fábrica de cuchillos. Contaba nada menos que con mil obreros. No era empresa de poca monta. Como su marido había muerto, ella misma era la patrona, y dirigía la fábrica con uno de sus hijos. Todos sus hijos trabajaban : las mujeres en la oficina, los varones en la fábrica. Ella también trabajaba desde la mañana hasta la noche, y me decía en su sencillez : «Mire usted, nuestros obreros están tristes el domingo, porque no pueden venir a trabajar en la fábrica... Es su vida».

Así era la vida en el Norte en otro tiempo, una época que ya pasó. Hoy en día, prácticamente, la industria textil ha hecho quiebra, ha muerto a causa de la concurrencia extranjera, a causa de

¹ René, en 1903; Juana, en 1904, y Monseñor Marcel Lefebvre en 1905. (NOTA DEL EDITOR)

las nuevas condiciones.

Existía entonces esa cuenca minera que se extiende desde Bélgica, por el lado de Mons, hasta la Ruhr, en Alemania; inmensa cuenca minera que atraviesa toda Europa hasta Inglaterra. Era la fuente de energía, de donde se sacaba el carbón para poner en marcha las fábricas, etc. Las fábricas se situaban cerca de esa fuente de energía, y no lejos de los puertos, para traer el algodón y la lana desde Australia, Argentina, Egipto. Como era una zona poblada, industrial y trabajadora, las fábricas florecieron en ese momento, contando con condiciones muy favorables.

Más tarde todo cambió, con la llegada de la electricidad y del petróleo, de las nuevas condiciones de vida, de los transportes y de otras cosas más. Vino entonces la concurrencia extranjera : Japón, los Estados Unidos, América del Sur, se pusieron a montar industrias, y eso acarrió prácticamente la quiebra en todas partes. Actualmente ya casi no quedan industrias textiles en el Norte.

Como les decía, llevábamos una vida tranquila. Teníamos un buen colegio a cinco minutos de casa, y una buena institución, las Ursulinas, muy cerca también. Las niñas iban a las Ursulinas, los niños iban al colegio; y por ese lado llevábamos también una vida muy regular.

A las ocho salíamos de casa; gracias a Dios, dos excelentes personas ayudaban a mamá a ocuparse de los hijos. Antes de salir nos decían : «¿No te olvidas de nada, te has puesto el pañuelo en el bolsillo, no te dejas la merienda, no te olvidas de esto o de aquello...?» Y nos daban un beso añadiendo : «Bueno, hasta luego, ten cuidado, camina por la acera...» Nos sentíamos rodeados, podríamos decir, del afecto de tres madres. Eramos niños muy dichosos en ese tiempo.

PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Viene entonces la terrible guerra. Una guerra como la de 1914-1918 es algo espantoso, verdaderamente espantoso.

Movilización, evidentemente : todos los hombres deben partir, y las madres se quedan solas con sus hijos, de la noche a la mañana. Es horrible cuando se piensa en cosas como estas, espantoso. ¿Cómo harán ellas para el trabajo, cómo harán para conseguir el alimento? ¿Qué va a ser de ellas cuando ya no queda ningún hombre en casa?

En las escuelas sucede lo mismo : los profesores debieron irse, movilizados. Quedan algunos, ya por ser de edad avanzada, ya por estar enfermos. En las parroquias, también los vicarios son movilizados; no quedan más que uno o dos sacerdotes donde antes había cinco o seis.

Y luego, rápidamente, empezaron los combates, la invasión, las muertes, los prisioneros, etc., las noticias del frente : tantos muertos, muchos prisioneros. Mucha gente del Norte fue apresada en Bélgica.

Mi padre, sin embargo, no se fue enseguida; no podía ser movilizado porque tenía seis hijos. Por eso se quedó. Pero quiso ayudar a los prisioneros ingleses y franceses a huir de las líneas enemigas, de las cárceles, del campo donde se encontraban encerrados, para que pudiesen volver a sus hogares. A partir de enero de 1915 se dio cuenta de que era buscado por los Alemanes, y de que ciertamente sería fusilado si lo capturaban. Así, pues, debió huir. Dando un rodeo por Bélgica, Holanda e Inglaterra, pudo llegar a la zona no ocupada de Francia, para evitar que la policía alemana lo abatiese.

Papá se había ido, mientras que nosotros permanecimos allí durante la guerra, cuatro años de ocupación. Los Alemanes vinieron a ocupar la ciudad dos meses más tarde. Vimos a húsares, lanceros, todavía a caballo en ese momento, desfilar por las calles, con casco, con lanzas de tres metros de largo. Ocupaban la ciudad, movilizada esta vez por los Alemanes; había que albergar a los militares y hacerse cargo de ellos. Todos los que eran capaces, incluso las jóvenes y las mujeres de edad, eran movilizadas y debían trabajar para el ejército alemán.

Al mediodía la ciudad hacía distribuir sopas populares, e íbamos a tomar una sopa en las salas de la municipalidad, porque poco era lo que se encontraba para comer. Supuestamente, los Americanos nos enviaban alimentos : pollos que desde allá llegaban completamente podridos, y harina. Aún me pregunto por dónde pasaba esa harina, porque cuando el pan nos llegaba era negro, completamente negro, no se secaba, estaba aún blando por dentro, y la miga se desprendía de la corteza, era como masilla; y era eso lo que debíamos comer. Probablemente era, no sé, harina de trigo negro o harina de papa, de legumbres. Era un pan... Se compraba eso en la panadería. ¡Qué le vamos a hacer, algo había que comer!

Reinaba verdaderamente la privación y la miseria, una gran miseria; y luego vinieron los registros. Los Alemanes descubrieron reservas de lana en la fábrica, ocultas en los sótanos detrás de falsos muros para evitar que se las llevaran. Perforaron sistemáticamente todos los muros de todas las fábricas, en todos los sótanos, cada tres o cuatro metros, para ver si no quedaban otros escondrijos con reservas de lana, etc. Descubrieron algunas en nuestra casa, y mi madre fue encarcelada durante varias semanas. Ya no me acuerdo si fueron varias semanas o varios meses, pero en fin, fue encarcelada por esto.

Mi madre dejaba a sus hijos solos en manos de las criadas, que eran muy buenas; pero, en fin, todo eso le provocaba muchas emociones. Fue entonces cuando contrajo una descalcificación de la columna vertebral, de suerte que al fin de la guerra debió ser enyesada. Durante años, aún la veo, debió quedarse acostada en el comedor de la casa, como consecuencia de los sufrimientos de la guerra, como resultado de las privaciones de la guerra.

Esta guerra causó verdaderamente sufrimientos penosos. Nosotros, que éramos niños, no nos dábamos tanta cuenta de lo que ocurría, menos que los mayores ciertamente, pero a pesar de todo había cosas que no podían pasarnos desapercibidas, porque estábamos muy cerca de la línea del frente, al sur de Bélgica, por el lado de Ypres y del famoso Monte Kemmel, donde hubo batallas terribles. Por la tarde y por la noche se veía el horizonte completamente iluminado por los obuses que estallaban en gran número y sin cesar. Escuchábamos el redoble y el retumbar de los obuses. A lo largo de la línea del frente, el cielo ardía. Era espantoso. Y por la mañana veíamos llegar al hospital, en frente de nuestra casa, a todo un cortejo de heridos, por centenares, sin contar los muertos, tanto del bando aliado, del bando francés, como del bando alemán. Estábamos del lado ocupado por los Alemanes; por eso veíamos sobre todo a sus heridos, a todos esos pobres heridos...

Ya lo ven ustedes, **esto dejó huella en nuestra infancia.** Aunque se tengan sólo nueve, diez u once años, las imágenes quedan grabadas en la memoria... La guerra es realmente algo espantoso, y todas las consecuencias de esta guerra, todos los sufrimientos, las emociones continuas...

Un día, los Alemanes anuncian la movilización de todos los que aún gozaban de salud, para ir a trabajar en los centros especiales para seleccionar municiones, pedazos de cobre y otras cosas por el estilo, porque comenzaba a escasear el cobre para los obuses, etc. Necesitaban personal. Por eso ordenaron a toda la gente de todas las casas que se pusieran en la acera, listas para partir. Toda la gente mayor de dieciséis o diecisiete años (¡fíjense, diecisiete años!), toda la gente que gozaba aún de salud, debía estar preparada con su equipaje, sobre la acera, y los Alemanes pasarían y tomarían a una u otra. No se sabía de antemano quiénes partirían y quiénes no. Por eso debían estar todos afuera, me acuerdo muy bien. Nosotros éramos niños, por eso no nos tomaron, y nuestras criadas tenían demasiada edad para partir. Pero, en fin, asistimos a este desfile de personas que esperaban sobre la acera. Los Alemanes pasaban con camiones, hacían subir en ellos a las personas requisadas y se las llevaban sin que supieran qué iba a ser de ellas.

Evidentemente, todo eso provocó inquietudes, dolores, separaciones; era algo horroroso. Uno no se imagina lo que es, lo que puede ser la guerra. La crueldad, la brutalidad, las heridas, las

separaciones, los sufrimientos morales, todo eso es verdaderamente duro, muy duro. Eso dejó huella en nosotros, los hermanos mayores. José no tenía más que un año, no se daba cuenta; pero a nosotros cinco estos acontecimientos nos hicieron mella, y pienso que, en parte al menos, les debemos nuestra vocación. Porque vimos que la vida humana era poca cosa, y que, a decir verdad, había que saber sufrir. Notemos también que en todo ese tiempo la piedad era grande. Cada tarde se rezaba el rosario y la iglesia se llenaba, sobre todo de mujeres, pero también de un buen número de hombres de edad, los jóvenes ya no estaban. Cada tarde, pues, rezo del rosario, la última decena con los brazos en cruz, y exposición del Santísimo Sacramento. Toda la parroquia llenaba la vasta iglesia. Se rezaba, se rezaba por todos los que habían partido, por los prisioneros, por los que se encontraban en el frente. Había un fervor evidentemente muy grande en ese momento. Todo esto, como ustedes ven, creaba una atmósfera particular.

Mi hermano René era el mayor de todos, cumplió los 15 años en 1918. Temíamos que los Alemanes acabasen por requisar a todos los que eran capaces de trabajar un poco, fuese cual fuese su edad. Era posible evitar esto gracias a los trenes de la Cruz Roja que pasaban por Suiza, y que conducían a los chicos, hasta la edad de 15 años, a la zona libre de Francia, si tenían allí familiares que pudiesen recibirlos. Sólo el Norte y el Este de Francia estaban ocupados.

Como mi padre se había ido y estaba en Versalles, mi hermano René atravesó Suiza y se reunió con él. Y continuó allí sus estudios.

LA VOCACIÓN

Y así es como la Providencia condujo, diría yo, mi propia existencia, y la de mi hermano, a causa de la guerra. Si no se hubiese producido la guerra, es evidente que jamás habría ido a hacer sus estudios a Versalles, y que de haber tenido una vocación misionera, habría entrado directamente en los Padres del Espíritu Santo o en los Padres Blancos. Pero, encontrándose en Versalles, preguntó a mi padre si podía ir al seminario de Grandchamp para cursar su filosofía y terminar sus estudios. Allí lo aceptaron, no porque haya declarado enseguida que tenía vocación (no se fue al seminario mayor por eso), sino porque en ese momento se abrían fácilmente las puertas sobre todo a los que venían de las regiones ocupadas.

Así, pues, terminó sus estudios en el seminario de Grandchamp en Versalles, y su profesor de filosofía era, ni más ni menos, el Padre Colin. El Padre Colin, autor de un libro de filosofía, era muy romano, muy apegado a Roma, y al Seminario francés donde había hecho sus estudios. Cuando mi padre le hubo dicho que su hijo tal vez tenía vocación, se tomó la decisión, en conformidad con René, de que iría a hacer sus estudios a Roma, al Seminario francés, puesto que la zona de Lille estaba aún cerrada. Partió en 1919.

Veán cómo la Providencia conduce las cosas. Cuando la guerra acabó, pudimos reunirnos de nuevo, reagruparnos. En 1919 nos encontramos de nuevo en nuestra casa de familia, con mi padre. Mi hermano René, ya en el seminario, volvía para las vacaciones.

Finalmente, en 1923, cuando yo mismo dije a mis padres que *«querría ser sacerdote»*, mi idea era ser sacerdote en la diócesis, sacerdote, vicario, párroco... en un pueblito. En ese entonces pensaba ir al seminario de la diócesis de Lille; no me veía para nada en Roma, no era yo un gran intelectual, y había que hacer los estudios en latín... Ir allí, seguir las clases en la Universidad gregoriana, rendir exámenes difíciles... *«No, yo quiero permanecer en la diócesis, porque quiero trabajar en la diócesis; no vale la pena que vaya allá.»* Mi padre me dijo : *«De ninguna manera, tú te reunirás con tu hermano. Tu hermano está en Roma, tú también irás a Roma, porque la diócesis...»* El ya desconfiaba un poco del ambiente progresista del seminario, y de la reputación de

quien iba a llegar a ser el Cardenal Liénart ².

Mi padre no era progresista en absoluto, por eso dijo : «*No, no, Roma será mejor*».

Insistió tanto que me fui también yo al Seminario francés, en 1923. Ya ven cómo la Providencia conduce las cosas. Si no hubiese venido la guerra, mi hermano habría ido a una Congregación misionera, y yo mismo habría entrado en la diócesis de Lille, en el seminario de la diócesis de Lille, y no habría ido a Roma. Eso habría cambiado completamente mi existencia.

² Aquiles Liénart, nacido en 1884 en Lille, había sido director del seminario mayor antes de la guerra. En 1919 fue nombrado cura decano de la iglesia de Saint-Christophe en Tourcoing. Consagrado obispo de Lille en 1928, y hecho cardenal en 1930, será, hasta el Concilio Vaticano II, una de las figuras de vanguardia del progresismo francés. (NOTA DEL EDITOR)

CAPÍTULO 2

Hacia el sacerdocio

Partí, pues, a Roma, al Seminario francés, y cada día doy gracias a Dios de que mi padre haya tenido esta voluntad y no haya seguido mis deseos. Eso fue para mí una revelación : el Padre Le Floch y los profesores enseñaban cómo había que ver los acontecimientos de la historia actual; cómo había que descubrir los errores, el liberalismo, el modernismo y tantos otros de que no estábamos muy enterados; cómo había que buscar la verdad en las encíclicas de los papas, y particularmente en las encíclicas de San Pío X, de León XIII y de todos los Papas que los precedieron.

Esto es lo que estudiamos en el seminario. Para mí fue una revelación total. Comenzó entonces, por decirlo así, a nacer suavemente en nosotros, en todos esos seminaristas (éramos doscientos veinte), un gran deseo de conformar nuestro juicio al de los papas. Nos preguntábamos : ¿cómo los papas juzgaron los acontecimientos, las ideas, los hombres, las cosas de su tiempo, de su época? Y el Padre Le Floch nos mostraba bien cuáles habían sido las ideas directivas de esos diferentes papas, siempre las mismas, exactamente las mismas en todas sus encíclicas. Eso nos iluminó verdaderamente, nos mostró cómo había que juzgar la historia, cómo había que juzgar los acontecimientos, dónde estaban los errores, dónde estaba la verdad, cómo había que pensar... Fue para nosotros, sin lugar a dudas, una revelación, y eso hizo que se nos quedase grabada. Quedamos apegados a todas esas magníficas encíclicas de los papas, que nos muestran lo que es malo en el mundo actual, las raíces del mal, las raíces de los errores, y que nos dicen dónde está la verdad.

Como ustedes ven, esto fue una primera etapa en mi vida, que muestra bien cómo Dios me guía por medio de pequeños acontecimientos : por ejemplo, haciendo que mi hermano prosiguiera sus estudios con el Padre Colin, que era devotísimo de Roma, y que aconsejó a mi padre que enviara mi hermano a Roma. Si mi hermano no hubiese estado donde estaba ese famoso Padre Colin, no nos habríamos orientado hacia Roma, y yo me habría quedado en la diócesis. ¡Es increíble cómo la Providencia conduce las cosas!, ¿no es cierto?

Así, pues, a pesar de mis aprensiones, fui conducido al Seminario francés, junto a mi hermano. Este seminario, confiado a la Congregación de los Padres del Espíritu Santo, se encontraba bajo la dirección del Reverendo Padre Le Floch.

Como ya les he dicho, para mí *el Seminario francés fue una verdadera revelación y una luz para toda mi vida sacerdotal y episcopal* : ver los acontecimientos en el espíritu de los Sumos Pontífices que se sucedieron durante casi un siglo y medio, más particularmente los acontecimientos desde la Revolución francesa y todos los errores que nacieron de todas esas corrientes de ideas contrarias a la doctrina de la Iglesia. Los papas los denunciaron, los papas los condenaron, y por consiguiente también nosotros debíamos condenarlos.

Pero, como suele suceder en esos casos, los defensores de la Iglesia, los defensores de la Verdad, los defensores de la Tradición de la Iglesia, atraen la ira contra sí. Atraen la ira de todos los que estiman que hay que hacer componendas con el mundo, que hay que adaptarse a su tiempo, que no hay que condenar los errores : «proclamemos la Verdad, pero no condenemos los errores», un tipo de gente de doble cara. Es gente peligrosa, que se llama católica, pero que al mismo tiempo pacta con los enemigos de la Iglesia. Esa gente no puede soportar la Verdad, la Verdad

íntegra y firme. No puede soportar que se combatan los errores, que se combata al mundo y a Satán, y a los enemigos de la Iglesia, y que siempre se esté en estado de cruzada. Estamos en una cruzada, en un combate continuo. También Nuestro Señor proclamó la Verdad. ¡Pues bien! Le dieron muerte. Le dieron muerte porque proclamaba la Verdad, porque decía que El era Dios. ¡Sí!, lo era. No podía decir que no lo era. Y todos los mártires prefirieron dar su sangre y su vida antes que entrar en compromisos con los paganos.

Pasé seis años en Roma (más un año de servicio militar). Precisamente los tres primeros años (1923-1924, 1924-1925, 1925-1926) tuve como director al Padre Le Floch. También estuve muy contento de tener la enseñanza que nos fue impartida por los Jesuitas en la Universidad gregoriana de Roma.

Llamado al servicio militar durante los años 1926 y 1927, tuve la suerte, en cierto modo, de no asistir a esa operación monstruosa que fue la destitución del querido Padre Le Floch, director del Seminario francés. Me enteré de esto por cartas de mis compañeros, y cuando, en noviembre de 1927, regresé del servicio militar para reanudar el seminario, me dieron detalles, absolutamente escandalosos, de cómo el Padre Le Floch fue liquidado, podemos decir eliminado. ¿Por qué? Porque todos esos francmasones que ya estaban en el gobierno francés y todos esos liberales que los rodeaban, temían que los discípulos del Padre Le Floch, los sacerdotes formados por el Padre Le Floch en la Verdad, en el combate contra el error y contra el mal, contra Satán, llegasen a ser obispos. En el mundo entero la mayoría de los obispos hicieron sus estudios en Roma; eso es cierto aún ahora, pero era cierto sobre todo entonces. En efecto, podían temer que entre doscientos veinte seminaristas, de los cuales tal vez ciento ochenta llegarían a ser sacerdotes y regresarían a Francia, algunos de ellos fuesen elegidos más tarde como obispos. De hecho fue lo que sucedió: muchos de mis compañeros llegaron a ser obispos en Francia. Por desgracia, muchos no tuvieron la valentía de mantener la Fe y la enseñanza que habían recibido en el Seminario francés. El ambiente del mundo, el medio del mundo, el medio liberal en que se vive de manera general, es como un veneno lento pero seguro.

Así, pues, me contaron cómo habían pasado las cosas. Algunos emisarios del gobierno fueron al Vaticano, y dijeron: «*No queremos que el Padre Le Floch siga a la cabeza del Seminario francés. Es un hombre peligroso, es un...*» ¡Oh! ustedes ya conocen los calificativos que se dan: «*integrista, fascista, ultramontano*» y otros parecidos. Es fácil encontrar términos despectivos para pintar más negra la situación. «*El Padre Le Floch es de Acción Francesa, el Padre Le Floch es un discípulo de Maurras, el Padre Le Floch es esto y aquello...*»

El Papa Pío XI era un hombre dotado de bella inteligencia, una gran inteligencia, una gran fe también, y que escribió encíclicas maravillosas, pero que, desgraciadamente, era débil, muy débil, en la práctica de su gobierno, y más bien inclinado a aliarse algún tanto con este mundo. Destituyó no solamente al Padre Le Floch, sino también al Cardenal Billot, que era un profesor eminente de *la Gregoriana*, un profesor extraordinario. Sus libros de teología son magníficos. Lo destituyó por la misma razón, porque el Cardenal Billot era el tipo del hombre recto: no hacía compromisos con el error, sostenía la verdad firme y la lucha contra los errores, contra el liberalismo, contra el modernismo, como San Pío X. Era un verdadero discípulo de San Pío X. Y por eso el Cardenal Billot, convertido también en blanco del gobierno francés, fue destituido.

El pobre Papa Pío XI fue quien ocasionó la masacre de los *Cristeros* en México, por pedido de los obispos americanos. Los católicos mexicanos se defendían y querían luchar contra el gobierno masónico y anticristiano, anticatólico. Por eso tomaron las armas, como hicieron los Vandeanos durante la Revolución francesa, para salvar la religión, para salvar la Fe católica. El Papa los alentó al comienzo, mas luego el gobierno americano francmasón que sostenía a México — siempre la Francmasonería — insistió a los obispos americanos para que cesara este combate. ¡Oh! ¡Habría un acuerdo con los católicos, no se preocupen! Entonces los obispos presionaron al

Papa Pío XI, y el Papa Pío XI ordenó a los *Cristeros* que depusieran las armas. Depusieron las armas y fueron todos masacrados. El gobierno los hizo masacrar en masa. Horrible, absolutamente horrible. Fue verdaderamente una traición para esa pobre gente.

Lo mismo sucedió con la Acción Francesa. Se empujó al Papa Pío XI a condenar la Acción Francesa, porque la Acción Francesa, aunque no era un movimiento católico, era un movimiento de reacción contra el desorden que la Francmasonería introducía en el país. La Acción Francesa luchaba por una reacción sana, definitiva, una vuelta al orden, a la disciplina, a la moral, a la moral cristiana. Por eso el gobierno, descontento de ver a ese movimiento, insistió al Papa Pío XI para que condenase la Acción Francesa. Los que formaban parte de este movimiento eran los mejores católicos, que trataban de enderezar a Francia. Sin embargo, el Papa Pío XI condenó la Acción Francesa. La mejor prueba de que su juicio no era justo es que, después de su muerte, el Papa Pío XII, su secretario de Estado, convertido en sucesor suyo, levantó la condenación de la Acción Francesa. Pero ya era tarde. El mal ya estaba hecho. La Acción Francesa estaba por los suelos. Es terrible, porque eso tuvo consecuencias enormes.

Con el Padre Le Floch pasó lo mismo : se hizo una investigación para ver si se podían encontrar cosas que reprocharle en la dirección del seminario; no era difícil, siempre se encontraría algo, y se haría comprender al Padre Le Floch que sería mejor que presentara su dimisión y que se fuese. La investigación la llevó a cabo dom Schuster, un eminente benedictino³. El resultado de la investigación fue enteramente favorable al Padre Le Floch. Dom Schuster hizo un elogio sin límites de la acción del Padre Le Floch, de la dirección, de su seminario, de la influencia que tenía sobre los seminaristas, de la fe que tenía, y así de todo lo demás...

Los adversarios del Padre Le Floch, furiosos por el resultado de esta investigación, consiguieron convencer al Papa para que mandara hacer una contra-investigación, y nombrara a alguien que se encargase verdaderamente de decir algo que pudiese motivar la expulsión del Padre Le Floch. De este modo se acabó por encontrar a un profesor y a uno o dos alumnos del seminario que hicieron algunas observaciones : es demasiado de derechas, demasiado *maurrasiano*, demasiado antiliberal, demasiado... etc. Eso bastó. Fue condenado y obligado a dejar el seminario. Es absolutamente odioso.

Ahora bien, actualmente sufrimos el mismo combate. ¿Por qué somos perseguidos? ¿Por qué soy yo perseguido hoy? ¿Por qué lo son ustedes, lo somos todos en la Tradición? Porque afirmamos la Verdad y condenamos los errores, condenamos el liberalismo, condenamos el modernismo. Eso es inadmisibile para la Iglesia conciliar. El Concilio ahora cambió todo eso, ahora hay que estar bien con los liberales, con los modernistas, con los francmasones, con los comunistas, con todo el mundo. Se hace ecumenismo con todo el mundo. ¡Ustedes están en contra, por consiguiente están contra el Concilio, y por lo tanto contra el Papa! ¡Condenados, pues!... ¡Que se los condene! Ya lo ven ustedes, es lo mismo, los mismos motivos, el mismo combate.

Una vez más, eso fue providencial en mi existencia. Para mí fue una lección práctica considerable, porque ahí vi la malicia y la perversidad de estos enemigos de la Verdad. Desde entonces, y sobre todo más tarde, cuando ya era obispo, siempre desconfié de toda esa gente que siempre trata de comprometer a la Iglesia, de comprometer al clero, de comprometer a los obispos con los errores modernos, con el mundo moderno. Eso me enseñó a ser vigilante cuando recibía a los sacerdotes, o cuando visitaba las diócesis y escuchaba informes sobre esto o aquello. Enseguida pensaba : ¡ah!, tal vez se oponen unos a otros porque están los liberales y los conservadores, los

³ Dom Ildefonso Schuster, abad del monasterio benedictino de San Pablo Extramuros, en Roma, había sido nombrado Visitador apostólico de los seminarios de la provincia eclesiástica de Lombardía (1926-1928). Se le encargó, además, una Visita apostólica al Seminario Francés de Roma. En 1929 será nombrado arzobispo de Milán y cardenal. Fue beatificado en 1996. (NOTA DEL EDITOR)

tradicionalistas. Siempre... Se encuentra esto más o menos en todas partes.

Así, pues, el pobre Padre Le Floch se fue, y cuando volví en 1927 habían nombrado director al Padre Berthet. El sí que era un hombre de doble cara, de apariencia tradicional, pero al mismo tiempo muy acomodaticio... Ya no hablaba de condenación, de lucha, de combate contra los errores. Dejemos eso, seamos prudentes. Por este motivo los últimos años fueron un poco penosos en el seminario. Además, hubo un cierto número de seminaristas que no supieron soportar esta condenación del Padre Le Floch y dejaron el seminario en ese momento.

Fui ordenado sacerdote en 1929 en Lille por Monseñor Liénart, pero era costumbre hacer aún otro año de estudios como sacerdote en el seminario. Ya disponible para el ministerio en 1930, regresé a mi diócesis de Lille.

Mi hermano, después de entrar en 1924 en los Padres del Espíritu Santo, había terminado sus estudios con ellos y había sido enviado al Gabón el mismo año de su ordenación, en 1927. Por lo que a mí se refiere, el Cardenal Liénart me nombró vicario en una pequeña ciudad bastante importante de las afueras de Lille, *Marais de Lomme*. Contaba con unos diez mil habitantes, casi todos obreros. Era una ciudad obrera. Esos obreros iban a trabajar en las fábricas de los alrededores, puesto que no había ni una sola en el territorio de la parroquia. Las calles eran largas, y todas las casas estaban construidas según el mismo modelo. Mucha gente procedía de la región de Boulogne, donde había bastante desempleo, y se había replegado hacia el Norte para encontrar trabajo.

Había que conocer a toda esa gente. Había que visitarlos. Aún no se habían puesto en contacto con la parroquia. Pero había un grupo, una vida parroquial, muy fervorosa y constante. Por desgracia, entre los diez mil habitantes, bastante pocos eran los que practicaban. Sin embargo, tal vez llegaban a dos mil los que asistían a Misa los domingos, contando a los niños.

PRIMER NOMBRAMIENTO : VICARIO

Así, pues, yo había recibido mi nombramiento, el párroco estaba avisado. Ya tenía él un vicario. Me puse en contacto con él para decirle :

— *Bueno, aquí me tiene. ¿Qué quiere usted hacer conmigo?*

Yo era segundo vicario, y él tuvo una pequeña reflexión, bastante chistosa. Me dijo amablemente, bromeando un poco, pero me lo dijo en fin :

— *Oh, mire usted, yo no pedí un segundo vicario, no lo necesitaba. Me parecía que tenía bastante con uno.*

— *¡Ah, bueno!*

Y prosiguió :

— *Para una parroquia como la nuestra no veía la necesidad de tener un segundo vicario.*

Yo repliqué :

— *¡Intentaré trabajar a pesar de todo!*

El dijo entonces :

— *Pero sea usted bienvenido, desde luego, está usted en su casa, etc. Vamos a darle una habitación...*

Dos de sus sobrinas se encargaban de la casa parroquial, de la cocina, de la ropa, etc. Eran muy buenas personas. Y yo conocía ya al vicario, que era un antiguo alumno del colegio del Sagrado Corazón, en Tourcoing. Por lo tanto, ya tenía algunos conocidos allí, pero evidentemente no conocía en absoluto la parroquia ni a toda la gente. Todo eso era algo nuevo para mí. Pero confieso que me apegué al ministerio de esas visitas, a esa gente. Oh, como es evidente, había

gente de todas clases...

Nos dividimos la parroquia por barrios. Tal barrio le toca al párroco, tal barrio al primer vicario, tal barrio al segundo vicario. Luego hubo que visitar a toda esa gente. Generalmente nos recibían bien, amablemente. Pero algunas veces había comunistas que nos cerraban la puerta en la nariz... Entonces íbamos a ver a la vecina y le preguntábamos :

— *¿Qué le pasa a este hombre? ¿Quién es? ¿Por qué se porta tan mal con nosotros?*

Ella nos decía :

— *Mire usted, es un comunista rabioso, por eso no ha querido recibirlo. Pero no es una mala persona. Intentaré hablarle, trataré de arreglar las cosas, y acabará por recibirlo.*

Y finalmente de hecho, cuando pasábamos por segunda vez, nos abría la puerta a pesar de todo.

Tratábamos de conocer cuál era la situación de la gente, y muy frecuentemente, por desgracia, había gente divorciada, gente que vivía juntada sin estar casada. Sus hijos no iban al catecismo, etc. Teníamos, pues, que tratar de llevar todo este mundo a la parroquia. Evidentemente no era siempre fácil. Sin embargo, había resultados, porque el fondo de la gente no era malo, pero había que darle la oportunidad de conocer un poco más la parroquia y los sacerdotes. Cuando se habían puesto en contacto con el sacerdote, las cosas iban mejor. Así conseguimos regularizar bastantes situaciones.

También teníamos que encargarnos de la visita a los enfermos, visitas regulares que eran interesantes; y de las confesiones, las predicaciones, el catecismo, el patronato de los niños, de los jóvenes, y otras cosas... No faltaba trabajo, y el contacto con una población sencilla, una población obrera —no eran siempre gente culta, pero sí gente buena— me resultaba simpático.

Pero allí la Providencia... La Providencia no quería que me quedara allí...

CAPÍTULO 3

Pronto religioso, misionero

Prosigo la historia... Yo era, pues, vicario en esta parroquia de las afueras de Lille en *Mairais de Lomme* junto a un párroco y un primer vicario. En el transcurso de ese año que pasé allí, en 1930-1931, recibía cartas frecuentes de mi hermano que era ya misionero en Gabón, en las que me describía su trabajo y el trabajo de sus compañeros. Estaban agobiados de trabajo, no había bastantes misioneros. Por eso me insistía : «¿Por qué no vienes? Después de todo, ya hay bastantes sacerdotes en la diócesis de Lille.» Esta frase correspondía un poco, evidentemente, a lo que me dijo el párroco a mi llegada. Me había dicho : «Mire usted, lo recibo amablemente, hasta con gusto, pero no tenía necesidad de un segundo vicario.»

A pesar de estas insistencias de mi hermano, no me sentía atraído por las misiones. No sé por qué... No, yo no estaba hecho para ser misionero a lo lejos; eso no me atraía. Habría preferido, como les decía, ser párroco o vicario en un pueblo, y conocer a toda la gente, y hacerles bien. Pero recorrer la selva, vivir en medio de indígenas, aprender nuevas lenguas, en definitiva estar en un mundo completamente extraño y diferente al mío, me daba la impresión de que todo eso me superaba, no era para mí. No me sentía atraído en absoluto, pero a fuerza de escuchar los llamados de mi hermano... tuve una vocación misionera de razón. Pensé : «Bueno, puesto que aquí no soy absolutamente indispensable, y si realmente allí falta gente, ¿por qué no ir?»

Por eso, a finales del año, escribí al cardenal Liénart y luego a la Congregación de los Padres del Espíritu Santo diciendo que si el Cardenal me autorizaba a dejar la diócesis, entraría de buena gana en la Congregación de los Padres del Espíritu Santo para ser misionero. El Cardenal me contestó afirmativamente, y me dijo : «¡Oh! claro que siempre nos pesa ver partir a uno de nuestros sacerdotes, pero en fin, si verdaderamente usted piensa ser útil en las misiones, no podemos negarle este pedido.»

EN EL NOVICIADO

Los Padres del Espíritu Santo, desde luego, estaban contentos de recibir a un sacerdote secular, porque no tenían que ocuparse de él para su formación. Yo había sido su alumno en el Seminario francés, es cierto, pero no en beneficio suyo, sino de la diócesis de Lille. No habían contribuído de manera positiva a mi formación. Por eso, ciertamente, se pusieron contentos de recibirme.

Así, pues, entré en el noviciado de Orly, cerca del actual aeropuerto. Allí los Padres del Espíritu Santo tenían una propiedad para el noviciado. Eramos tres sacerdotes, todos antiguos alumnos del Seminario francés. Uno de ellos era el Padre Laurent. Habíamos sido amigos en el seminario, sin imaginarnos que la Providencia nos conduciría un día al mismo noviciado. ¡Otra vez la Providencia! Allí reanudamos una amistad aún más profunda, porque los dos llegamos a ser Padres del Espíritu Santo. El otro era el Padre Wolf, que más tarde fue obispo de Madagascar, en la diócesis de Diego Suárez. Por lo tanto, éramos tres sacerdotes, y alrededor de ochenta novicios, solamente por lo que se refiere a Francia. Es mucho. Cuando se piensa en cifras como estas, uno se pregunta si es posible, pues ahora ya no queda nada.

El maestro de novicios era el Padre Faure, y el confesor era el Padre Desmats : ambos muy

buenos Padres del Espíritu Santo. Pasamos un año de noviciado, un año frío, ¡Dios mío, Dios mío! ¡Será posible hacer sufrir así a los novicios, increíble! Yo no sé si fue un año excepcionalmente frío, pienso que sí. En todo caso, no teníamos calefacción en nuestras habitaciones, sólo tenía calefacción la sala de comunidad, y no teníamos agua corriente en ese tiempo. Ibamos a buscar el agua con palanganas, había una canilla al fondo del pasillo. ¡El agua se congelaba en la palangana! Por la mañana había que romper el hielo para poder lavarse un poco... Nos poníamos cuatro, o cinco, o seis frazadas, que hacían peso pero no calentaban. Siempre se tenía el mismo frío. ¡Oh, era algo espantoso! ¡No sé cómo no me morí de frío!

Y por añadidura, nos hacían leer el libro del Padre Rodríguez, un jesuita, en cuatro volúmenes : *Ejercicio de perfección cristiana*. ¡Debíamos leer a Rodríguez unos detrás de otros, en el claustro, afuera! ¡Con el frío que hacía! Ya no sentíamos los dedos que aguantaban el libro, y estábamos así, unos detrás de otros, para leer. ¡Ah, eso era el noviciado!

PROFESIÓN Y PRIMER NOMBRAMIENTO

Finalmente, acabado el noviciado, hice profesión el 8 de septiembre de 1932, en la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen. Luego fui nombrado a Gabón. Habría podido ser nombrado en otra parte, pero evidentemente, como mi hermano era el que me había atraído... Monseñor Tardy, el obispo de Gabón, había venido ya a verme al noviciado y me había dicho :

— *Usted se viene con nosotros, ¿sabe?*

Yo le contesté :

— *No sé nada, eso depende del Superior General.*

— *Sí, sí, sí, estoy seguro, estoy seguro... ¡Y usted no debe negarse a ello! Su hermano está allí, debe seguir a su hermano.*

Repliqué :

— *Si el Superior General da su aprobación, me voy con ustedes.*

Entonces él añadió :

— *Y como usted hizo sus estudios en Roma, será profesor en el seminario.*

¡Oh!... ¡Esa sí que no me la esperaba!... Era lo que más me asustaba, ¡oh, no, no era posible! Me gustaba mucho la pastoral, me gustaba mucho el ministerio, me sentía hecho para eso. Pero profesor, ¡ah, no, eso sí que no! ¡profesor en el seminario, no!

Le dije :

— *Mire usted, no soy más capaz que los demás. No crea que porque fui a Roma voy a ser mejor profesor.*

Pero él insistió :

— *¡Ah! ¡Claro que sí! ¡Sí, sí!*

EN GABÓN : PROFESOR Y DIRECTOR

Así, pues, el Superior General me nombró en Gabón, adonde partí el mes de octubre. Como en ese momento no había aviones, viajé por barco, que tardaba quince días en llegar a Gabón. Me despedí de mis padres y me fui en octubre de 1932. Ya no volvería a ver a mi madre, puesto que murió en 1938. No pude volver a verla, porque estaba todavía allá lejos.

Fui nombrado en el seminario, cuyo director era el Padre Fauret. Dos años más tarde, cuando el Padre Fauret fue designado como obispo de Loango, en Congo Medio, Monseñor Tardy me nombró director a mí. Tuve como ayudante al Padre Berger, que desgraciadamente ya murió. Así,

pues, tuve que hacerme cargo de todos esos jóvenes seminaristas, y no era poco trabajo asegurar todas las clases, porque junto a unos quince seminaristas mayores, había también una quincena de seminaristas menores. ¿Cómo programar todas esas clases? Para reducir el número de horas de clase procedimos por ciclos, año por año, a fin de tener todos los seminaristas a la vez. Entre estos había algunos que hoy son obispos de Gabón.

Uno es Monseñor Ndong, que era mi alumno y que se convirtió en obispo de Oyem, en Gabón. Otro es Monseñor Makouaka, que es ahora obispo de Franceville, en el interior de Gabón ⁴. Un tercero es Monseñor Ciríaco Obamba, que aún hoy es obispo de Mouila, y que también fue mi alumno en Gabón ⁵. En cambio, el arzobispo actual de Libreville, Monseñor Anguilé, no fue alumno mío. Muchos sacerdotes que aún viven fueron también mis alumnos. Entre los seminaristas menores, varios dejaron el seminario, y tienen ahora más de sesenta años, sesenta y cinco, setenta. Algunos me conocieron bien, y eso, gracias a Dios, facilitó la implantación del Padre Groche en Gabón. Es muy cierto que si mi hermano y yo no hubiésemos sido misioneros allí, nunca habríamos podido implantarnos: los obispos habrían hecho presión de tal manera que el gobierno nos habría prohibido hacer una fundación. Mientras que ahora, como esos obispos habían sido mis alumnos, les era difícil expulsarme y hacer en serio la guerra contra mí. Así, pues, fue ciertamente una gracia particular de Dios que la Fraternidad San Pío X haya podido implantarse en Gabón. Para mí es un gran consuelo pensar que ahora la llama vuelve a encenderse allí, en Gabón, gracias al Padre Groche y a los padres que están con él, que resucitan la Tradición, lo que nosotros dimos a esos obispos. Lo que yo hice por ellos, lo seguimos haciendo ahora, lo sigue haciendo el Padre Groche.

LA ENFERMEDAD, Y LUEGO LA MISIÓN DE N'DJOLÉ

Estuve, pues, seis años en el seminario: dos años como profesor, y cuatro como director. El trabajo era muy duro y el clima terrible. Muchos jóvenes misioneros enviados a este país morían al cabo de dos o tres años. Cuando íbamos al cementerio, veíamos las tumbas de nuestros misioneros: fallecido a los veintiséis años, fallecido a los veintisiete, fallecido a los veintiocho. El clima era difícilmente soportable. En ese momento nos defendíamos mal contra todos los insectos y todas las enfermedades que había allí: el paludismo, la filaria, la amebiasis, los gusanos intestinales, la mosca tsé-tsé (la mosca del sueño); era espantoso. También estaba la biliosa hemática, es decir, hemorragias internas en un hígado que trabajaba mal a causa de los alimentos y del calor. La biliosa hemática era muy grave, mortal. Mi hermano estuvo muy enfermo al cabo de su segundo año. Y yo, al cabo de mi sexto año, estaba prácticamente medio muerto, y no podía continuar el trabajo; ya no tenía fuerza, me encontraba completamente extenuado.

Ahora bien, en ese momento, en principio, no se debía regresar a Francia sino cada diez años. Se me concedió poder volver en 1939. Pero dejé el seminario antes, en 1938, y durante un año estuve en una misión en el interior.

Allí me encontraba más a mi gusto, pero debía aprender el idioma. Era muy feliz en esta misión de N'djolé, como vicario con el Padre Ndong, el futuro Monseñor Ndong. Nos llevamos y nos entendimos muy bien. Contábamos con religiosas de Castres, de la Congregación de la Inmaculada Concepción, que estaban allí como misioneras. En todas nuestras misiones había siempre una escuela... En N'djolé teníamos ochenta niños y sesenta o setenta niñas. Las Hermanas se encargaban de las niñas, internas todas ellas, y nosotros, los Padres, nos encargábamos de la escuela de los niños. También hacíamos, claro está, las giras por la selva.

⁴ Monseñor Makouaka es ahora obispo emérito de Franceville. Monseñor Modibo-Nzockena lo sucedió en noviembre de 1996. (NOTA DEL EDITOR)

⁵ Monseñor Obamba falleció el 7 de julio de 1996. (NOTA DEL EDITOR)

LA GUERRA DE 1939 — MOVILIZACIÓN

Regresé a Europa en 1939 en el momento en que comenzaba la guerra. La guerra nos sorprendió cuando estábamos frente a Guinea inglesa, en Freetown. El comandante nos avisó de ello al Padre Viril y a mí, que éramos compañeros de infancia. Nos dijo : «*Creo que esto es la guerra.*» Y, en efecto, se declaró la guerra. Regresamos entonces al puerto de Freetown para camuflar todo el barco, para que no hubiese luz, y así no viniesen los submarinos a torpedearlo. Comenzamos el regreso a Europa. En Dakar esperamos algún tiempo, y desde allí fuimos conducidos en convoy. Dos o tres barcos militares acompañaban a cinco o seis barcos de pasajeros para protegerlos eventualmente contra los ataques de los submarinos. Algunos barcos de pasajeros habían sido hundidos ya frente a las costas de Mauritania, después de la declaración de la guerra.

Llegamos sin tropiezo hasta Burdeos, pero como era la guerra, fuimos movilizados. ¡Al cabo de un mes debía yo marchar de nuevo a Africa como soldado! Tuve justo el tiempo de ver a mi padre algunos días, y luego a mis hermanos y hermanas que estaban allí.

VUELTA A AFRICA — DESMOVILIZACIÓN

Y tuve que volver a Burdeos y embarcarme de nuevo en un barco acompañado aún por barcos militares, hasta Dakar. Después el barco siguió hasta Libreville. Allí fui desmovilizado.

MISIÓN EN DONGUILA

Fui nombrado en Donguila, en una misión de la selva, por Monseñor Tardy. Y allí, como a pesar de todo era la guerra, fui movilizado de nuevo, enviado al Chad, etc. ¡Viajes inútiles! Luego nos hicieron volver a Gabón. Tuvimos mucho que sufrir, porque las tropas del General De Gaulle, asistido por los Ingleses, invadieron Gabón, lo cual trajo a Gabón a muchos presidiarios y comunistas. Era lamentable : eso daba muy mal ejemplo a los indígenas, que veían a los Franceses pelearse entre sí. Sí, era lamentable. Incluso se llegó a encerrar a Monseñor Tardy en un barco enviado por el General De Gaulle. Encerrado a bordo durante algún tiempo. Fue preciso entrar en negociaciones para liberarlo, etc. Sucesos increíbles, que evidentemente escandalizaron a esos pobres negros. No fue una actitud ejemplar; eso no facilitó nuestro ministerio.

OTRAS MISIONES

Fui nombrado en varias misiones : en Libreville durante algún tiempo, luego en Donguila, luego Monseñor Tardy me nombró en Lambaréné, donde estaba ese famoso Doctor Schweitzer, del cual tanto se habló. Era un gran músico, un gran intérprete de Bach, médico, pastor protestante, y había sido profesor en la Universidad protestante de Estrasburgo. Estaba, pues, allí, en su hospital, que construía y desarrollaba. Mantenía muy buenas relaciones con la misión católica, razón por la cual tuve ocasión de encontrarme con él varias veces.

NUEVO NOMBRAMIENTO

Un día estaba haciendo una gira en una pequeña embarcación con algunos niños —una barquita con motor para visitar las aldeas— cuando veo llegar una piragua desde bastante lejos. Los niños tienen buena vista, yo no la reconocía. Me dijeron :

— *¡Ah! Padre, es una de las piraguas de la misión. Es una piragua que viene de la misión.*

Yo dije :

— *¿De la misión? ¿Para qué? ¿Qué sucede? ¿Qué vienen a hacer? ¿Hay novedades?*

— *¡Ah! Sí, seguro, es una piragua de la misión, seguro.*

En efecto, la piragua se dirigía hacia nosotros. Nos aborda...

— ¡Ah! Padre, llegó una carta urgente para usted, etc.

¡Ay, ay, ay! Estábamos en 1945, hacia el fin de la guerra; las comunicaciones se habían establecido de nuevo, y era ese famoso Padre Laurent (el Padre Laurent que estaba conmigo en el noviciado, y que se había convertido en Provincial de Francia), que pedía a toda costa a Monseñor Tardy que me soltara, para ponerme como Superior del seminario de filosofía de Mortain. ¡Ay, ay, ay! ¡Oh! ¡Era para llorar!... ¡Ah! Yo ya no quería regresar a Europa : mi madre había muerto, mi padre también en un campo de concentración, y mis hermanos y hermanas estaban bien establecidos. Yo quería quedarme allí, en Gabón, definitivamente, sin tener que regresar jamás a Francia. ¡Oh! Les aseguro que eso fue para mí una dura, durísima prueba : « ¡Heme aquí obligado ahora a irme de Gabón! »

REGRESO A EUROPA

Como ven, siguen las etapas. La etapa de Gabón se termina : trece años de misión en Gabón. Ahora le toca el turno a una pequeña permanencia en Europa. Así, pues, me fui de Gabón en 1945, al fin de la guerra. Los primeros aviones militares que venían a ponerse de nuevo en contacto con las colonias, se llevaron en sus primeros viajes a las personas ya de edad, ya enfermas, o que tenían motivos particulares para irse. Las autoridades de la Congregación consiguieron que yo pudiera embarcarme en uno de los primeros aviones que salían de Libreville rumbo a Francia. Ahora se tarda seis o siete horas para ir hasta Gabón, pero en esa ocasión, incluso en avión, tardamos tres días... Primera etapa hasta Douala; segunda etapa hasta Kano, al norte de Nigeria; y tercera etapa hasta Algeria, y luego Algeria-París. Los aviones no viajaban de noche, y eran avioncitos que volaban muy lentamente. Partí con uno de mis compañeros que estaba un poco enfermo y regresamos a Francia.

SUPERIOR DEL SEMINARIO DE MORTAIN

Allí, evidentemente, me designaron para ser Superior del escolasticado de Mortain, que era un escolasticado de los Padres del Espíritu Santo. Mortain era un hermosísimo edificio, artístico al menos, correspondiente a una antigua abadía del siglo XI, parecida a la de Ruffec, un poco más pequeña, un poco más estrecha, pero muy hermosa también, con bonitos cruceros, totalmente reconstruida por Bellas Artes. Era absolutamente magnífica, y estaba dotada de un edificio que había sido en otro tiempo el seminario menor de la diócesis, pero luego había quedado sin uso, y había servido durante la guerra para recoger a los heridos, a los enfermos. Luego fue devuelto lentamente a la Congregación de los Padres del Espíritu Santo, para convertirse en escolasticado de filosofía.

Contaba entonces con ciento diez alumnos, repartidos en dos años de filosofía : cincuenta y cinco alumnos por año, lo cual era una cifra enorme, magnífica en esos tiempos. Ya nos gustaría ahora tener otro tanto. Había, desde luego, un cuerpo profesoral, profesores de filosofía y de todas las materias accesorias. Yo mismo tenía la dirección y aseguraba, por la tarde, las conferencias espirituales. De estas conferencias salieron los folletos que hice multicopiar. Pasé allí dos años, totalmente distintos de los de Gabón, claro está, pero con buenos jóvenes que salían del noviciado, que estaban por consiguiente llenos del celo del noviciado, esperando ir al escolasticado de teología que se encontraba en Chevilly-Larue, muy cerca de París.

CAPÍTULO 4

Roma llama, el episcopado

Al final del segundo año, en el mes de junio, el director adjunto viene a mi encuentro y me dice :

— *El Superior General está al teléfono y pide por usted.*

Escuché entonces a Monseñor Le Hunsec decirme :

— *¡Padre, agárrese bien, usted ha sido... usted ha sido nombrado Vicario apostólico de Dakar!*

¡Oh!... Vicario apostólico de Dakar, es decir, prácticamente, Obispo de Dakar.

Si me hubiese dicho : “usted ha sido nombrado Vicario apostólico de Gabón” —sea como sea, no tenía ningún deseo de ser Vicario apostólico o de ser obispo, verdaderamente no lo busqué—, lo habría comprendido. De Gabón había salido no hacía mucho tiempo. Después de trece años de misión, conocía a los Padres, conocía la lengua, conocía a bastante gente. Habría estado enseguida en pleno contacto y sin dificultad con los sacerdotes y con toda la comunidad católica de Gabón.

¡En Dakar! Cuando se pasaba por Dakar, sólo se veían musulmanes o poco más o menos, no había muchos Padres, no había muchos centros católicos. ¡Ir así a una diócesis, donde no conozco a nadie, ni a los Padres que se encuentran allí, ni a las Congregaciones de religiosas : las Hermanas de Cluny y las Hermanas de la Inmaculada Concepción de Castres! Sería preciso ponerse al tanto de todo, y encontrarse en pleno medio musulmán, muy mayoritario. De tres millones y medio de habitantes, había tres millones de musulmanes, alrededor de cincuenta mil católicos, y el resto de animistas. Pero, en fin, no tuve elección. Monseñor Le Hunsec me dijo : «*¡Usted es religioso, ha de obedecer! No tiene elección, no puede responder que sí o que no. Ha de responder que sí.*» Me dije : «*¿Qué puedo hacer?*»

Así, pues, fui a París para ponerme en contacto con el Superior General, y decidir quién me consagraría obispo. Para mí eso era todo un cambio. Me daba cuenta de que ser misionero, o incluso ser superior de seminario, es tener contactos directos con la población, con los jóvenes, con los fieles. Pero siendo obispo, uno se encuentra en un plan superior, se tiene contacto sólo con los misioneros, pero no ya contactos directos con la población. Y luego, el solo hecho de ser obispo pone distancias con la gente : «*¿Se dan cuenta?... ¡Monseñor, Monseñor!... ¡Van a recibir al obispo!...*» ¡Oh! Entonces uno es colocado enseguida como sobre un pedestal, ¿no es cierto?, y ya no se tienen más contactos... y al mismo tiempo se tienen, sin lugar a dudas, mayores responsabilidades : el cuidado espiritual de toda una diócesis no es poca cosa.

LA CONSAGRACIÓN EPISCOPAL

Se pidió al Cardenal Liénart, por ser el obispo de Lille, el obispo que me había ordenado sacerdote, si aceptaría realizar la Consagración. El Cardenal aceptó y se decidió que la Consagración tendría lugar el 18 de septiembre en mi parroquia natal, en Nuestra Señora de Tourcoing. En el discurso de costumbre hice una alusión a la formación que había recibido del Padre Le Floch en el Seminario francés : cuánto agradecía al Padre Le Floch el haberme dado principios sólidos

sobre la fe, el haberme apegado a Nuestro Señor hasta la muerte, y el haberme hecho comprender los dramas que la Iglesia atravesaba, los errores contra la Verdad, contra Nuestro Señor. ¡Bueno! Eso no pasó desapercibido. Es verdad que no me hicieron ninguna observación en ese momento, pero el Cardenal había estado escuchando y no pensó en nada mejor que en ir a contarle eso al Nuncio en París, que era Monseñor Roncalli, el futuro Papa Juan XXIII.

VICARIO APOSTÓLICO EN DAKAR

Me fui, pues —creo que era el mes de octubre—, a Dakar, donde las autoridades y los Padres me hacen una gran recepción. Y ahí me tienen encargado de esta diócesis a la que, a fe mía, tenía intención de dedicarme como mejor podría, según mis medios. Una de las primeras realizaciones que quise hacer, porque realmente hacía falta, fue la fundación de un colegio para niños. Había ya colegios de niñas que funcionaban muy bien con las Hermanas de San José de Cluny y las Hermanas de Castres. Ellas tenían cuatro magníficas instituciones en Dakar para las chicas. Pero no existía nada para los chicos. Por eso las familias vinieron a verme enseguida :

— *Monseñor, espero que usted hará algo para que podamos tener un colegio para nuestros hijos. Ya tenemos lo que hace falta para nuestras hijas, pero no tenemos aún lo que hace falta para nuestros hijos.*

— *En efecto, les dije, es sorprendente que no haya un colegio para los chicos.*

Por esta razón me puse a buscar algo, y un año más tarde regresaba de nuevo a Francia para ir a ver a los Padres Maristas, al Padre Thomas en particular, Superior de la Provincia de Francia, que se encontraba en Saint-Brieuc.

DELEGADO APOSTÓLICO

Cuando llegué a la Casa madre, en septiembre de 1948, el Superior General me aguardaba. Baja a la portería :

— *Venga, Monseñor, venga, tengo algo que decirle.*

— *¿Qué sucede?... ¿Qué quieren de mí ahora?*

— *Venga, venga, vamos a un locutorio.*

Me dijo :

— *¡Usted no dirá que no! Acaba de ser nombrado Delegado Apostólico por el Papa.*

— *¿Qué significa todo ese cuento? Soy Vicario apostólico de Dakar, soy Obispo de la diócesis de Dakar. ¿Delegado Apostólico? ¿A qué corresponde eso?*

— *Usted estará al cargo, con el Papa, de todas las diócesis de habla francesa de Africa. Será necesario que tome contactos. Por otra parte, es muy simple, el Papa lo espera el mes de octubre. Usted debe ir a Roma. Será recibido por el Papa, luego irá a los despachos de Roma : allí se le dirá lo que debe hacer.*

¡Ay, Dios mío! No me pueden dejar tranquilo. ¡Partir, recorrer toda el Africa! ¿Y las demás Congregaciones? Los Padres Blancos, los Padres Jesuitas, los Padres de las Misiones Africanas de Lión van a tener celos de que sea un Padre del Espíritu Santo, Delegado Apostólico, el que vaya a visitarlos. ¡Ah, santo cielo!

— *¡Usted no va a negarse a eso! ¡Es un honor para la Congregación, nunca hemos tenido un Delegado Apostólico!*

Contesté :

— *Bueno, acepto, no me queda otra... (¡Oh! Qué lindo es esto... ¡Dios mío, Dios mío!...).*

Entonces me fui a ver al Padre Santo. El Padre Santo me recibió como un verdadero padre,

y enseguida sentí que había una comunión de pensamientos, una comunión de deseos de extender el Reino de Nuestro Señor y de vivir verdaderamente la vida cristiana y la vida sacerdotal... Verdaderamente, esta visita al Papa Pío XII me conmovió. Conversamos, y me dijo que confiaba en mí para tratar de desarrollar la evangelización en todo ese territorio africano, que evidentemente no tendría que dirigir, sino sólo visitar. Debería dar cuenta de lo que viese, de lo que oyese, dar sugerencias para el desarrollo de la evangelización, alentar a los obispos, y también constituir las conferencias episcopales en los diferentes territorios. *«Finalmente, añadió, todo eso le será indicado por el Cardenal Prefecto de la Propaganda, a quien, evidentemente, ha de ir a ver; él le dará consignas muy precisas sobre todo este tema.»* En todo caso, el Papa esperaba que la colaboración sería muy eficaz, muy buena, muy fructuosa, y estaba dispuesto también a ayudarme y a recibirme si necesitaba verlo. Luego me bendijo.

Me fui a ver al Cardenal Prefecto de la Propaganda, que me explicó exactamente cuál era la situación. *«Mire, tiene que visitar cuarenta y seis diócesis : ver si es preciso multiplicar o dividir esas diócesis, consagrar nuevos obispos... Cuando un obispo dé su dimisión o muera, usted se encargará de presentar los nombres en Roma para el nombramiento de los obispos, etc. Para eso deberá preparar los respectivos expedientes. Se pondrá en contacto con los Superiores generales de las Congregaciones religiosas, puesto que esto depende también de las Congregaciones religiosas, para saber cuáles son los candidatos más aptos para el episcopado, etc., etc., etc.»*

¡Dios mío, Dios mío, Dios mío, yo que pensaba quedarme tranquilo en la diócesis de Dakar para ocuparme de mi diócesis...! *«Usted tendrá un auxiliar»*, me dijeron. En efecto, tuve un auxiliar dos años después, en 1950, Monseñor Guibert, a quien consagré en la catedral de Dakar y que, evidentemente, me ayudó un poco para la diócesis, porque yo estaba ausente de ella prácticamente siempre. Como ustedes pueden comprender, yo tenía que viajar constantemente para ir a visitar las diócesis, reunir a los obispos —cuarenta y seis diócesis no es poca cosa—, en lugares que estaban lejos : Madagascar, la isla de la Reunión, Djibouti, Marruecos, toda el Africa ecuatorial francesa, toda el Africa occidental francesa, Camerún. Para todas esas visitas hacían falta varias semanas, como bien pueden imaginar.

DESARROLLO DE LAS MISIONES

Luego, si debía nombrar a un obispo, debía ir a ver al Superior General de la Congregación, y para eso viajar a Roma, que es donde generalmente se encontraban todos. Había que discutir la cosa, y sobre todo no olvidarse de consultar a la Congregación de la Propaganda. Se me pedía también que estableciera la Delegación apostólica, que es algo distinto de la diócesis : debía estar el Obispado por una parte, y la Delegación apostólica por otra. También me esforzaba en contestar a los pedidos de los obispos que deseaban tener en su diócesis hermanos dedicados a la enseñanza o religiosas. Trataba entonces de ponerme en contacto con las Superiores generales de las Congregaciones religiosas, para alentarlas a que enviasen religiosas al Africa, a los lugares donde me las habían pedido, y para hacerles las oportunas propuestas. Evidentemente fueron años muy, pero muy cargados... Pero, debo confesarlo, no me esperaba que fueran también años muy alentadores, diría incluso entusiasmadores, porque pude ver, en el territorio de todas esas diócesis, el desarrollo de las misiones desde 1946, entre la guerra y el Concilio, por lo tanto en el espacio de más de diez, casi quince años.

Hubo entonces un desarrollo extraordinario de las misiones. ¡Extraordinario! Se construyeron seminarios, se multiplicaron los sacerdotes. Muchas Congregaciones religiosas vinieron al Africa y, si tenían sacerdotes, pudieron enviar misioneros. Se fundaban, se multiplicaban las misiones, los conventos, las instituciones de todo tipo. Se encontraban religiosas para los dispensarios y los hospitales. Hice venir a las Hermanas Franciscanas misioneras de María para que se hicieran cargo de los hospitales, a las Hermanas de Santo Tomás de Villanueva, a las Hermanas hospitalarias... Muchas religiosas dedicadas a la enseñanza vinieron al Africa para ayudar. Fue un

desarrollo magnífico, extraordinario. Era verdaderamente alentador. Fueron grandes años.

Cada año iba a ver al Papa Pío XII, lo cual, evidentemente, me ofrecía la ocasión de ponerme en contacto con mucha gente de la Curia Romana. Me veía obligado a consultar, ya a la Congregación de los religiosos, ya a la Congregación de la Propaganda, ya al Santo Oficio, ya a la Secretaría de Estado. Siendo Delegado Apostólico, yo dependía, como los nuncios, de la Secretaría de Estado, para la cual me habían dado un código secreto de correspondencia. Debía hacer informes, presentar la situación de las diócesis, y todo eso me ponía necesariamente en contacto con muchos cardenales, con muchos *monsignori*..., en fin, con todo ese mundo de la Curia Romana.

Sentía muy bien que había quienes me alentaban, quienes me sostenían, en particular el Papa, felizmente. El Papa me alentaba mucho. Eso fue un apoyo considerable, principal, es evidente. También tenía el apoyo del Cardenal Tardini, de la Secretaría de Estado. Pero había un cierto número, entre los que figuraban Monseñor Montini (el futuro Pablo VI), Monseñor Martin, que en ese momento estaba en la Secretaría de Estado, y otros *monsignori* de la Propaganda, que estimaban casi que yo les había quitado supuestamente un hermoso puesto. ¡Delegado Apostólico! ¡Era ser casi un nuncio! ¡Y eso sin haber pasado por la jerarquía normal de secretario de nunciatura, de secretario de esto, de secretario de aquello... sin haber hecho carrera! ¡Usted no pasó por Roma, por la Academia de los nobles que forma a los futuros diplomáticos, a los nuncios... De golpe Arzobispo de Dakar y luego, pum, Delegado Apostólico! ¡Usted es un intruso, un intruso! ¡Usted viene a ocupar un puesto que también nosotros habríamos podido tener! Por eso había una especie de desconfianza...

FIN DE LA DELEGACIÓN APOSTÓLICA; ARZOBISPO DE DAKAR

En 1959 terminaba mi mandato como Delegado Apostólico. El Papa Pío XII había fallecido en 1958; ahora bien, Pío XII fue el Papa que me había nombrado y, puedo decirlo, sostenido verdaderamente, porque lo vi casi cada año. Iba a Roma y tuve ocasión de verlo; era para mí un gran aliento, evidentemente, un gran consuelo; era verdaderamente un hombre de Dios, de la Iglesia.

Cuando era Delegado Apostólico y tenía ocasión de ir a París, me encontré algunas veces con Monseñor Roncalli en la nunciatura ⁶. Me invitaba y quería verme a toda costa cada vez que pasaba. Ahora bien, me había hecho ya esta reflexión : «*Oh, yo no estoy totalmente de acuerdo en que arzobispos como usted, que tienen una diócesis, tengan además el cargo de Delegado Apostólico. Me parece que no es deseable, no estoy de acuerdo con el Papa Pío XII sobre este punto.*» ¡Bah! Eso no era de mi incumbencia, ¿no es cierto? Pero me había hecho esa reflexión.

Por eso, evidentemente, cuando fue elegido Papa en 1958, me dije : «*¡Bueno! Esto no durará mucho tiempo, seguramente recibiré de Roma una invitación a abandonar uno u otro puesto.*» Y así fue.

Menos de un año después recibía una carta de Roma, diciéndome que me dejaban elegir entre el Arzobispado de Dakar (por lo tanto, la diócesis de Dakar) y la Delegación Apostólica, pero que desde ahora esos dos cargos quedarían separados. Contesté : «*No me toca a mí elegir, porque no soy yo quien me nombré ni Arzobispo de Dakar, ni Delegado Apostólico. Por consiguiente, me remito a las autoridades que han hecho estos nombramientos; que ellas me digan si debo quedarme como Delegado Apostólico, o como Arzobispo de Dakar.*»

La respuesta es muy romana : «*Puesto que usted eligió ser Arzobispo de Dakar, seguirá siendo Arzobispo de Dakar, pero ya no será Delegado Apostólico.*» «*¡Qué osados que son!*», pensé. Tengo todavía la carta, la respuesta de Roma. No querían asumir la responsabilidad, y por

⁶ Monseñor Roncalli fue Nuncio Apostólico en Francia desde 1944 hasta 1953. Nombrado Patriarca de Venecia y Cardenal en 1953, fue elegido Papa en 1958 bajo el nombre de Juan XXIII. (NOTA DEL EDITOR)

eso, el medio más simple es endosármela a mí, y decirme, «puesto que usted eligió *el Arzobispado de Dakar*»... ¡Bueno!...

Estaba claro, por lo tanto, que conservaba el Arzobispado de Dakar, pero que ya no era Delegado Apostólico. Seguí siendo Arzobispo de Dakar desde 1959 hasta 1962, pero ya no tenía el cargo de todas esas diócesis y de todas esas delegaciones apostólicas de antes. Mi auxiliar, Monseñor Guibert, como ya no era absolutamente necesario, puesto que ahora yo tenía todo el tiempo para ocuparme de la diócesis de Dakar, fue nombrado obispo en la isla de la Reunión.

LA DIMISIÓN DEL ARZOBISPADO DE DAKAR

Los acontecimientos políticos se precisaban cada vez más después de la guerra. En las colonias soplaban un viento de independencia, venido de los Estados Unidos generalmente, independencia favorecida incluso por muchos miembros del clero. Independencia de toda clase: independencia política, económica, religiosa. Desde el punto de vista religioso, independencia significaba: remplazar a los obispos europeos por obispos africanos, así de simple.

Yo también sentía, en Dakar, como lo sentían los demás obispos, que poco a poco nos hacíamos indeseables, nos convertíamos en un peso, y que deberíamos dejar el lugar a Africanos... No hay problema en ello si Roma está de acuerdo... y al parecer ese era también el deseo de Roma. En la Congregación de la Propaganda había oído decir a Monseñor Constantini esta frase que me pareció inverosímil y, a mi entender, completamente falsa. Dijo: «*Si usted piensa que los obispos europeos son los que van a convertir verdaderamente al África y a esos países de misiones, se equivoca; hace falta que haya obispos africanos.*» «Que haya obispos africanos» está bien, no estoy contra los obispos africanos, pero a condición de que sean capaces, a condición de que cuenten con los medios para continuar este apostolado.

Pero en ese momento se quisieron precipitar las cosas; sentí eso... en el mes de enero de 1962. Como yo formaba parte de la comisión preparatoria del Concilio, debía ir a Roma con bastante frecuencia, varias veces por año. Aproveché la ocasión para escribir una carta a la Propaganda diciendo: «*Si ustedes desean poner un obispo africano en mi lugar, estoy dispuesto a dar mi dimisión y regresar a Europa. No tengo dificultades para ello.*» Entonces me contestaron: «*Está bien, aceptamos su dimisión, regrese a Europa.*»

Al mismo tiempo pedí de viva voz que me dejaran esperar seis meses antes de recibir un nuevo nombramiento, en caso de que desearan nombrarme en alguna parte. La razón de ello era que iba a efectuarse, en la Congregación de los Padres del Espíritu Santo, un Capítulo general, el 22 de agosto de 1962; ahora bien, por las conversaciones que había tenido con mis compañeros, era posible —yo no lo deseaba—, era incluso probable, que yo fuese elegido Superior General. Tenía la intención, si verdaderamente era elegido, de perfeccionar mi inglés, que conocía muy poco, porque teníamos en la Congregación inmensos territorios de habla inglesa, y muchas parroquias en América, etc. En esos países teníamos un ministerio enorme. Como no hablaba inglés corrientemente, ese plazo me habría facilitado el estudio.

«*No, no, no, de ningún modo. Usted debe ser obispo en Francia.*» ¡Obispo en Francia...! ¡Ah, Dios mío! Yo ya sabía lo que los obispos de Francia pensaban de mí... Me temían, en cierto modo, porque era el obispo supuestamente *tradicionalista, integrista*, ya en ese momento, porque había apoyado el Oficio de Jean Ousset.

Jean Ousset había fundado un movimiento, «*la Ciudad Católica*», un movimiento de seglares, en Francia. Yo iba con frecuencia a la abadía de Solesmes, y un día el prior de Solesmes me dijo: «*Monseñor —yo estaba aún en Dakar—, usted debería apoyar a esta buena gente. Son muy valientes y muy creyentes, son militantes, y se esfuerzan por ponerse en contacto con los obispos, pero los obispos desconfían de ellos, y por eso no los apoyan. Usted les haría un gran favor si los*

va a ver y les dice que está de acuerdo con ellos, que los ayudará en su movimiento por restaurar la Ciudad Católica.»

Por eso me puse en contacto con ellos. Luego ellos publicaron el libro *«Para que El reine»* (su programa en cierto modo), un grueso volumen, muy buen libro, que vale la pena leer, aún ahora. Se lo lee a veces en Ecône porque es un libro magnífico, un libro de fe en la cristiandad, en Nuestro Señor, en el reino social de Nuestro Señor. Me pidieron si quería redactarles un prefacio. Les envié una carta, les hice el prefacio. Eso suscitó el furor de los obispos de Francia que estaban contra este movimiento de *«la Ciudad Católica»* :

— *¡Ah, ya está! Sólo faltaba que Monseñor Lefebvre se entrometa en nuestros asuntos y que haga una carta para «la Ciudad Católica».*

No era yo muy bien acogido. La mejor prueba de ello es que, queriendo Juan XXIII que a toda costa recibiera una diócesis en Francia, me habría correspondido, por ser arzobispo, tener un arzobispado. Después de todo, eso habría sido lo normal. Ahora bien, había justamente un arzobispado libre, el de Albi. Yo habría podido ser perfectamente Arzobispo de Albi, que no es tampoco una diócesis de las mejores.

¡Ah! Pero los obispos de Francia habían puesto una condición al Papa : *«Si quiere a toda costa nombrar a Monseñor Lefebvre como obispo en Francia, pedimos :*

— ***Primeramente***, *que no forme parte de la Asamblea de los cardenales y arzobispos.*

En ese momento no existían las conferencias episcopales actuales, que reúnen a todos los obispos. Existía únicamente la Asamblea de los cardenales y arzobispos, que dirigía de algún modo al episcopado francés. Por eso, normalmente, siendo arzobispo, yo debería haber formado parte de esta asamblea, está claro.

— ***En segundo lugar***, *que no tenga un arzobispado, sino sólo una pequeña diócesis.*

— ***Y en tercer lugar***, *que eso no cree un precedente.»*

¡Tres condiciones! Tuve en mis manos la carta de los obispos dirigida al Papa. ¡Bonita manera de acoger a un compañero en el episcopado! ¡Bonita caridad episcopal la de los obispos de Francia! ¡Bah! ¡Me es completamente indiferente no formar parte de la Asamblea de los cardenales y arzobispos, no me importa! Por lo demás, tener una pequeña diócesis está bien. A San Francisco de Sales se atribuye esta frase : *«Una sola alma es una gran diócesis»*... Entonces me dije : *«Bueno, tengo a mi cargo ciento veinte mil almas; lo cual hasta es una gran diócesis.»*

Por eso respondí a Roma : *«Por mi parte estoy dispuesto a aceptar lo que ustedes me den. Una vez más, preferiría más no ser nombrado, preferiría no quedar ligado a una diócesis, pero si ustedes me adjudican una, bueno, está bien.»*

OBISPO DE TULLE

Así, pues, fui nombrado obispo de Tulle. Yo no conocía nada, realmente nada, de la diócesis de Tulle, es una diócesis perdida en el Macizo central. Ni siquiera sabía exactamente dónde se encontraba la ciudad de Tulle. ¡En fin!... Me fue preciso, por tanto, ir a ver a los vicarios generales para ponerme en contacto con ellos. Me encontré con el antiguo obispo, Monseñor Chassagne, para saber mínimamente cuál era la situación en la diócesis. Había dado su dimisión. Era un obispo muy santo, un excelente obispo, que me recibió muy amablemente. Los vicarios generales me recibieron también con mucha amabilidad. Todo se pasó bien.

No tuve muchas dificultades. Ya estaba bastante acostumbrado a dirigir una diócesis. Por desgracia esta pobre diócesis —como otras muchas diócesis en Francia— se encontraba en un estado de deterioro espiritual inverosímil, y se venía abajo en todos los campos : ya no habían vocaciones, las religiosas se iban de los pueblos donde estaban, dejaban los hospitales o cerraban las escuelas católicas; había cada vez menos sacerdotes, y por lo tanto cada vez más parroquias

para un solo sacerdote, casi ninguna vocación en el seminario, tres o cuatro vocaciones para toda la diócesis... Era una diócesis que se moría. Pero aún se podía hacer algo. Me esforcé por reunir a los sacerdotes, por ir a visitarlos, para alentarlos y decirles : *«No está todo perdido; tratemos de fundar escuelas católicas, pues es ahí donde encontraremos niños para las vocaciones; tratemos de sostener la única Congregación diocesana de religiosas, fundada en la diócesis.»* Ellas se encargaban en muchas parroquias —más o menos como hacen ustedes— de los dispensarios, de las escolitas primarias, ayudando a los sacerdotes en las parroquias. Prestaban un servicio increíble, y eran muy amadas por la población. Por eso yo alentaba a los sacerdotes, y les decía : *«Haría que enviar vocaciones, enviar jovencitas a esta Congregación.»* Pero no permanecí mucho tiempo en esa diócesis, tan solo seis meses...

SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DE LOS PADRES DEL ESPÍRITU SANTO

Llega el Capítulo general, el 22 de agosto y los días siguientes, en Chevilly-Larue.

Primer escrutinio... Se requerían los dos tercios de los votos. Un obispo no puede ser nombrado Superior General con la sola mayoría absoluta. No bastaba tener solamente cincuenta y uno por ciento de los votos, sino que se requería que yo consiguiera los dos tercios, por lo tanto el sesenta y siete por ciento. Ahora bien, ya desde el primer escrutinio, fui elegido con un margen de dos por ciento más del requerido. Entonces me levanté y dije : *«Escuchen, por favor, déjenme en la diócesis de Tulle. Llegué hace apenas seis meses, comienzo ahora a conocer a los sacerdotes, a la gente, las obras de la diócesis... Estuvieron sin obispo durante dos años; si tuvieran que quedarse de nuevo sin obispo... Déjenme en esta diócesis de Tulle, puesto que el Papa Juan XXIII me nombró en ella...»*

Segundo escrutinio... Setenta por ciento, setenta y dos... ¡Oh! ¿Qué le voy a hacer?

¡Miren ustedes cómo Dios me llevaba a cada paso! ¡Siempre contra mis deseos! ¡Bueno! Traté de tomar eso de buena gana y también con valentía, y creo que **es una de las lecciones que querría que ustedes saquen de estos ejemplos : Que cuando se hace la voluntad de Dios, y no la propia voluntad, Dios bendice. Y uno acaba por amar el cargo que Dios nos ha dado.** No hay que asustarse.

Aún faltaba la aprobación del Papa. Como yo era obispo de Tulle, la Congregación no podía quitarme de la diócesis de Tulle así sin más, sin el permiso del Papa, evidentemente... Hubo que telegrafiar al Secretario general para que enviase este telegrama : *«Pide confirmación de la elección de Monseñor Lefebvre como Superior General de los Padres del Espíritu Santo.»* El Papa Juan XXIII contestó : *«Bendigo la elección de Monseñor Lefebvre, Superior General de los Padres del Espíritu Santo.»*

¡Bueno! Se acabó Tulle. ¡Superior General de los Padres del Espíritu Santo! ¡En el momento del comienzo del Concilio, miren ustedes! Agosto de 1962, el Concilio comenzó en octubre de 1962. ¡Elegido, pues, en pleno alboroto! La **tercera guerra**, como suelo decir. Sufrí la guerra de 1914-1918, la guerra de 1939-1945, y la guerra de 1962-1965 del Concilio... ¡Y ésta es la peor, a mi parecer! Es la peor, porque es la que mata las almas. No mata sólo los cuerpos, sino que mata las almas.

Ahí me tienen, pues, convertido en Superior General de los Padres del Espíritu Santo. Con los Padres del Espíritu Santo había hecho yo todos mis estudios en Roma. Pero el Seminario francés no era un seminario de la Congregación, esto es, donde se formaban sus futuros miembros; una vez acabados los estudios, los seminaristas volvían a sus diócesis. Si yo conocía bastante bien la Congregación, no conocía a muchos Padres del Espíritu Santo, no habiendo hecho, por otra parte, más que un año de noviciado, antes de partir enseguida en misión.

Pero, en fin, poco importa, tenía yo muy buenos asistentes. Tenía seis asistentes, porque la

Congregación contaba con cinco mil doscientos miembros, y sesenta obispos. Sesenta obispos en la Congregación, que tenían diócesis en Africa, en América del Sur, en los Estados Unidos, en Canadá. Teníamos obispos más o menos en todas partes, aunque no en el mundo entero, porque la Congregación de los Padres del Espíritu Santo estaba destinada a la evangelización de los Negros. Por eso era necesario que hubiese un importante grupo de Negros para justificar nuestra presencia. Así, por ejemplo, la Congregación tenía cincuenta y dos parroquias en los Estados Unidos, entre los Negros, particularmente en Louisiana. Teníamos una incluso en el famoso barrio de Nueva York, el barrio de Harlem, en el que los gendarmes no se atreven a entrar... Los taxis no entran. Cuando uno pide ir a este barrio, el taxi se detiene antes de llegar a él, y luego le dice : «*Ahora puede seguir a pie, porque nosotros no entramos en ese barrio.*» Es espantoso. Pero teníamos una parroquia en ese barrio. Ahora parece que algunos sacerdotes (dos sacerdotes, creo) siguen yendo para acudir al hospital que se encuentra a quinientos metros de allí, cuando hay accidentes... y siempre hay accidentes. Los Negros en ese país son sobre todo puertorriqueños, gente venida de todas partes, algunos de ellos se matan entre sí, se hieren, se acuchillan, en el transcurso de peleas en los cafés... Bueno, entonces se los lleva al hospital, y algunas veces, cuando dicen ser católicos, se va a buscar al Padre porque tal vez estén en peligro de muerte, y hay que darles la Extremaunción. Para un trayecto de quinientos metros, los Padres iban entonces a pie. Como eran sacerdotes y llevaban la sotana, los respetaban todavía, no eran desvalijados ni atacados. Ahora se ven obligados a pedir un jeep de la policía para su protección. ¡Increíble, realmente increíble! Bueno, eso era para decirles que la Congregación del Espíritu Santo era inmensa, estaba muy extendida.

Al ocuparse sobre todo de los Negros, se encontraba extendida en bastantes países, en los Estados Unidos, como ya les he dicho, y en Canadá. Evidentemente, Africa era el campo de acción más importante para sus misioneros, en los países de habla francesa, de habla inglesa, de habla portuguesa, Africa del Sur. También se los encontraba en las Antillas, Martinica, Guadalupe, Trinidad, en la Guayana francesa, en América del Sur, Amazonas, el sur de Brasil, el Estado de Santa Catalina, el Estado de Río, y también en otras partes... En fin, allí donde había Negros.

Evidentemente Europa —y también Canadá con América— era el lugar donde se podían reclutar vocaciones, tener igualmente casas, pero particularmente en Francia, puesto que la Congregación fue fundada por el Padre Libermann, que era un Judío alsaciano; es bastante curioso, pero es así. Había también una provincia en Bélgica, una provincia en Inglaterra, en Irlanda, en Alemania, en Suiza. No había provincia en Italia, había algunos Italianos, aunque no muchos. A los Italianos les gusta mucho entrar en Congregaciones italianas. Son muy «de familia»... Cuando un Italiano se desplaza, para irse a los Estados Unidos, o a China, o adonde sea, se lleva a todos los sobrinos, a las sobrinas, a los primos, a toda la familia. No trabaja con la gente del país, sino que hace venir a toda la familia para trabajar. Está muy apegado a su tierra... Por eso, a una Congregación que no ha sido fundada en Italia, le es muy difícil implantarse en ella. Tampoco lográbamos tener Suizos alemanes. En Suiza francesa sí, pero en Suiza alemana era imposible implantarse. ¿Sucedería lo mismo con la Fraternidad? Aunque yo no haya hecho nada especial, vinieron Suizos alemanes, luego Suizas alemanas, y luego Italianos. Tenemos Italianos... tres más entraron este año en Flavigny, es maravilloso. ¡Gracias a Dios!

La Congregación del Espíritu Santo era, por lo tanto, muy importante, sobre todo con todos sus obispos, pero yo era elegido en el momento mismo en que comenzaba el Concilio, y eso era evidentemente un acontecimiento enorme en el interior de la vida de la Congregación. Y al mismo tiempo, desde el comienzo, el Capítulo general me encargó trasladar la Casa madre. Esta se encontraba aún en la calle Lhomond, en París, y en ese momento estaba unida a la Casa provincial, lo cual provocaba a veces algunas dificultades. Por eso el Capítulo general insistió en que el nuevo Superior General trasladara la Casa madre a Roma, como otras muchas Congregaciones religiosas. Así, en el transcurso de los dos primeros años dejamos la Casa provincial y nos insta-

lamos en otra casa en París, en la calle de los Pirineos, y de ahí, dos años más tarde, partimos para ir al Monte Mario en Roma, donde sigue estando la Casa madre. Todo eso, evidentemente, traía muchas preocupaciones, más el Concilio, más las visitas. Porque, desde luego, yo debía visitar todos esos países, todas esas regiones, todos esos lugares. Era, evidentemente, un trabajo bastante considerable.

Pues bien, durante el Concilio, los que habían estado contra mí, contra mi nombramiento, aprovecharon la ocasión. Porque había un pequeño grupo que no estaba para nada de acuerdo, que tenía miedo de mis posturas tradicionales, y a pesar de todo yo había sido ampliamente elegido. Pero ese pequeño grupo, muy activo, estaba constituido sobre todo por profesores de seminario, como el Padre Lecuyer, que se encontraba en Roma. Formaban un pequeño grupo intelectual, yo diría progresista, modernista y decidido. Entonces, como el Concilio en definitiva estaba en su favor, hay que decirlo, se sintieron reconfortados y se aprovecharon de ello para hacer una propaganda en el interior de la Congregación, para promover la adaptación, el *aggiornamento* de la Congregación y todo lo que le sigue...

EL CAPÍTULO GENERAL EXTRAORDINARIO Y LA DIMISIÓN

Después del Concilio, el Papa pidió a todas las Congregaciones religiosas que convocaran un Capítulo general extraordinario para adaptar las constituciones al Concilio, al espíritu del Concilio. Era algo muy vago, para nada fácil, y peligroso, muy peligroso. En 1968 todas las Congregaciones, comprendida la nuestra, debieron reunir este Capítulo. Habiendo sido elegido por doce años, es decir de 1962 a 1974, nada me obligaba, en 1968, a dar mi dimisión; yo debía seguir siendo Superior General otros seis años. Pero me encontré delante de una verdadera pequeña revolución en el interior de la Congregación : algunos miembros del Capítulo general, y sobre todo los Holandeses, manifestaron su deseo de que no se siguieran aplicando las constituciones antes de ser cambiadas, y que el cambio fuese aprobado por la Congregación de los Religiosos. Aun con este Capítulo general, las Congregaciones debían proponer el cambio de constituciones a la Congregación de los Religiosos, que aprobaría o no el cambio. ¡Pero aquí no! Sin tener siquiera ningún permiso de la Congregación de los Religiosos, quisieron que el Capítulo general fuese presidido por un triunvirato. Yo mismo, que era el Superior General, no presidí el Capítulo, cuando en las constituciones está indicado claramente que el Superior General es quien dirige todos los trabajos del Capítulo general.

Cuando vi esta voluntad, propuse hacer un voto, y si el voto era favorable a este triunvirato, a este cambio radical en el Capítulo general, bueno... veríamos... Resultado : hubo mayoría en favor de este triunvirato, que pedía prácticamente la supresión del Superior General : el triunvirato presidiría el Capítulo, el cual debería elegir a tres Padres para conducir la reforma de la Congregación en conformidad con el espíritu del Concilio. Sentí perfectamente que todo quedaría trastornado, completamente cambiado, y que un nuevo espíritu se instalaría en la Congregación, espíritu que no podía admitir, y contra el cual había luchado durante el Concilio. ¡Y pensar que, como era todavía Superior General, habría debido firmar todas esas actas, que, en el fondo, consagraron la demolición de la Congregación, y que en la historia de la Congregación se diría que Monseñor Lefebvre fue quien, prácticamente, por su firma, tuvo la responsabilidad de todo : eso no podía aceptarlo!

Por eso, después del voto, como de todos modos ellos querían tomar mi puesto, me fui, subí a mi auto, y volví a la Casa madre. Antes hice una visita a la Congregación de los Religiosos para ver al Cardenal Prefecto y pedirle si estaba de acuerdo con cosas como esta, si eso era algo admisible. El Cardenal Antoniutti estaba ausente, estaba de viaje por América del Sur en ese momento, y me atendió el Secretario de la Congregación, el segundo después del Cardenal. Le expuse el asunto : «¿Está de acuerdo o no?» Me dijo : «Mire usted, después del Concilio, hay que com-

prenderlo. De hecho, el Superior de la Congregación de los Redentoristas vino a verme por el mismo tema, se quisieron hacer cambios... en fin... las personas que dirigen el Capítulo general... Entonces aconsejé a este Superior General que se fuera de viaje por América y...» ¡Me aconsejaba que me fuera como él de viaje por América, que abandonase mi Congregación! ¡Yo, el Superior General, abandonar el Capítulo General a sí mismo! ¡Pero es algo insensato, insensato! Me dije : «No vale la pena, no voy a discutir siquiera con este secretario. ¡Si es así, es inútil!»

Volví a subir a mi auto. Me fui a la Casa madre y redacté una carta al Papa diciendo que daba mi dimisión ante lo que se me pedía, dada la situación que se había generado en la Congregación, y que no me sentía capaz de asumir la responsabilidad de semejante transformación.

Mi dimisión fue aceptada. Ya no era Superior General, y no podía quedarme en la Congregación, en un medio revolucionario, me era absolutamente imposible. Entonces busqué un lugar en Roma donde poder alojarme. Y me alojé en la casa de los sacerdotes lituanos, en la vía Lituania. Esos sacerdotes lituanos tenían un seminario y, en frente del seminario, del otro lado de la calle, una especie de hospedería donde se albergaban los sacerdotes de Lituania que estaban de paso, y algunos sacerdotes que trabajaban en Roma y se alojaban allí permanentemente. Les pedí si aceptarían recibirme. Me acogieron muy amablemente.

Así, pues, hice el traslado de mis efectos personales, y me instalé en esta hospedería de los sacerdotes lituanos, de la que se encargaban las religiosas alemanas de Santa Catalina. Estas religiosas tienen grandes hospitales en Friburgo y en otras partes. Son bastante numerosas, y habían aceptado encargarse del servicio del seminario lituano y de esta hospedería para los sacerdotes. Pude conocer a estas religiosas, muy amables y abnegadas. Entre ellas había un cierto número de Brasileñas que venían del Estado de Santa Catalina.

Allí me instalé; y durante este tiempo no me ocupé más de la Congregación, porque ya no tenía ningún cargo en ella. Guardé algunas relaciones con los Padres que conocía bien en el Capítulo general y en el Consejo general. Pero todo había cambiado, evidentemente, después de mi partida.

La Congregación de la Propaganda me pidió que fuera a trabajar un poco con ellos para ocuparme del tema del catecismo en Africa. Fui allí, pero no por mucho tiempo, porque luego... pero ustedes ya conocen los acontecimientos, no sé si vale la pena que continúe estas conferencias, pues llegamos al final...

CAPÍTULO 5

No adelantarse nunca a la Providencia

Llegamos al final... Al final y al comienzo...

Al final de mis andanzas... dentro de mi Congregación, y al comienzo de la fundación de la Fraternidad. Es entonces cuando algunos seminaristas que estaban en el Seminario francés de Roma, como los reverendos Aulagnier, Cottard y otros, al número de cinco o seis, vinieron a verme para describirme la situación del Seminario francés, que se agravaba cada vez más : ya no había disciplina, los seminaristas salían por la noche, no se llevaba sotana, se cambiaba la liturgia cada semana. Había un equipo litúrgico encargado de inventar una nueva cada semana... Verdaderamente se había instalado un desorden increíble en ese Seminario francés que yo había conocido cuando era tan próspero, y del que conservaba tan buen recuerdo.

Por eso estos jóvenes seminaristas insistían en que yo hiciese algo por ellos, sabiendo que yo ya estaba libre. Personalmente no quería volver a comenzar ningún trabajo. Estábamos en 1969, y me parecía —yo tenía casi sesenta y cinco años— que ya no me correspondía a mí emprender aún otro proyecto. Muchas personas se jubilan a los sesenta y cinco años; por eso yo tal vez tenía derecho a tomarla también. Ante su insistencia, acepté hacerme cargo de ellos, pero sin pensar jamás en fundar una nueva sociedad. ¡Lejos de mí tal idea!

FRIBURGO

Cuando yo era Superior General, había tenido contactos con Suiza y con la provincia de Suiza, que tenía una casa para acoger a los estudiantes, a los que se enviaba a la Universidad de Friburgo para que siguieran allí las clases. Yo conocía bien a Monseñor Charrière, lo conocía personalmente, puesto que había venido a Dakar cuando yo era Arzobispo allí. Con él habría forma de entenderse para alojar a esos seminaristas en el seminario que los Padres del Espíritu Santo tenían en Friburgo, para que pudiesen seguir sus estudios en la Universidad. Era la solución que me parecía más sencilla.

Por eso envié allí enseguida a algunos de ellos para sacarlos del medio en que se encontraban. Y fui una o dos veces a Friburgo para verlos, para fijarme cómo andaban más o menos las cosas. Pero también allí se hacía el *aggiornamento*. También allí se hacían cambios. Ya no se encontraban a gusto en la comunidad de los Padres del Espíritu Santo, porque se estaba cambiando la liturgia, se vestía de civil, y no había tampoco ninguna disciplina. «¡Oh!, me dijeron, *no vamos a quedarnos mucho tiempo, no tenemos formación, no recibimos nada, ni siquiera una conferencia espiritual, nada de nada. No podemos seguir así.*»

«¡Oh, qué situación tan desagradable!», me dije.

Entonces fui a ver a Monseñor Charrière y le pregunté si, a pesar de todo, no habría en Friburgo algo mejor que esta casa de los Padres del Espíritu Santo, donde pudiesen encontrar alojamiento y formación los seminaristas de que yo me encargaba. Me contestó : «*Mire usted, Monseñor, la situación está muy mal actualmente, y va de mal en peor; yo soy muy pesimista sobre el futuro mismo de la diócesis y de la formación sacerdotal. Soy pesimista, no sé cómo van a seguir las cosas. Pero tenemos, en todo caso, un seminario interdiocesano para todas las diócesis de Suiza, que recibe también a estudiantes seculares. Por consiguiente, podría recibir también a sus*

estudiantes. Vaya tal vez a ver ahí.»

Fui a ver ese seminario interdiocesano. El Superior me recibió muy amablemente, y me dijo : *«Monseñor, recibimos a estudiantes seculares, aceptaremos también a algunos jóvenes seminaristas más que vayan a la universidad. ¡Sin ningún problema! Pero tenga en cuenta que aquí no se da ninguna formación especial a los seminaristas. Aquí están en pensión, hacen lo que quieren, se organizan como quieren, nosotros no nos encargamos de ellos. Pero, si quieren, pueden muy bien tener y seguir su propio reglamento; pueden también asegurar entre sí sus ejercicios de piedad, y hacerlos juntos en la capilla... ¡sin ningún problema! Pero no cuente con nada por parte nuestra. Nosotros los alojamos, los alimentamos, pero no hacemos nada más.»*

Pensé : *«Me encuentro con la misma situación que en los Padres del Espíritu Santo. La liturgia oficial será otra vez una liturgia nueva, y todo lo demás estará en continuo cambio... Si es así, no vale la pena que vengan aquí. No hay disciplina, pueden salir cuando se les antoja, incluso por la noche. ¡No es posible! No puedo asumir la responsabilidad de la formación de seminaristas en semejantes condiciones.»*

¿Qué hacer? Pues alguna solución tenía que haber. Sabiendo que yo me encargaba de algunos seminaristas, el Padre Philippe, dominico, el señor Bernard Faÿ, secolar, ambos profesores de universidad, el Padre Abad de Hauterive y otro secolar, también amigo nuestro, encargado de la enseñanza en Friburgo, vinieron a verme. Querían hablar un poco conmigo de este tema de la formación de los seminaristas. Se interesaban por ello y se preguntaban si no habría forma de hacer algo...

Por eso me hicieron ir a casa del señor Bernard Faÿ y me insistieron mucho. Me dijeron : *«Monseñor, usted debe hacer algo, no puede dejar a esos seminaristas sin ayuda. Nosotros nos encargaremos de enviarle otros, eso no es difícil. Justamente conocemos a varios que desean recibir una formación seria.»*

Les contesté : *«¡Tengo ya sesenta y cinco años, para tener que comenzar todo de nuevo!... Bueno, de acuerdo, me interesaré por esos seminaristas, buscaré el dinero para pagarles la pensión, los orientaré un poco hacia buenos estudios, los ayudaré. Que ellos se busquen un sacerdote, un capellán que se ocupe un poco de ellos. Acepto hacerme cargo de algo así. Pero yo, por el momento, estoy en Roma, no tengo intención de irme de Roma. No querría volver a emprender algo nuevo.»*

También aquí, ante este proyecto que no me atraía de ningún modo, la Providencia me obligó, una vez más, a avanzar sin reparar en obstáculos. Dije : *«¡Bueno! Miren, es muy sencillo, insistan, y Monseñor Charrière decidirá. Yo conozco a Monseñor Charrière, el Obispo de Friburgo, iré a verlo. Si él me alienta, entonces veré si puedo organizar algo en favor de esos seminaristas.»* Pero de ningún modo se trataba de fundar una Fraternidad. *«Y si Monseñor Charrière no está de acuerdo, entonces no haré nada, o haré lo que él me diga.»*

Fui a ver a Monseñor Charrière y le expuse el tema. Me dijo : *«¡Sí, sí, pero por supuesto! Mire usted, la situación es muy grave, y verá cómo las cosas van a empeorar. Haga, haga algo, se lo suplico. Busque algo aquí, en la ciudad, alquile una casa, aloje allí a sus seminaristas, y encárguese de ellos. Si usted no lo hace, no recibirán ninguna formación. Hay que hacer algo por ellos. No se los puede abandonar.»* ¡Bueno!, contesté : *«Puesto que usted es la voz de la Providencia, veré qué se puede hacer. Voy a pensarlo, y luego trataré de encontrar un alojamiento.»*

Entonces, con nuestros amigos de Friburgo, nos pusimos a buscar un local en la ciudad para alojar a nuestros seminaristas, a fin de que pudiesen contar con un ambiente más conforme con la formación que deseábamos darles, una verdadera formación, una formación de seminaristas, con una capilla, con la Misa, con conferencias espirituales, con un reglamento, una disciplina, etc., un ambiente de seminario.

CARRETERA DE MARLY

Encontramos algo en los Padres de Don Bosco, en la carretera de Marly. Los Padres aceptaron alquilarme prácticamente todo un piso de su casa, donde había forma de instalar una capilla, con habitaciones donde se podían alojar unas diez personas. También aceptaron darnos un comedor aparte. Alojaban a estudiantes con la esperanza de que uno u otro tendría tal vez vocación de salesiano. Pero, de hecho, no habían apenas vocaciones. Era, por decirlo así, como un hogar de jóvenes que salían a estudiar en la ciudad; pero como el hogar no estaba lleno, el Padre salesiano que se encargaba de él estaba contento, en definitiva, de alquilar una parte del inmueble, porque eso le aportaba dinero para equilibrar su presupuesto. Nos recibió amablemente, y siempre conservamos buenas relaciones con él durante el año que pasamos allí.

Comenzamos esperando a ver quien vendría... los reverendos Aulagnier, Tissier de Malle-rais, Pellabeuf y otros seis, enviados por el Padre Philippe y por otros amigos de Friburgo, de modo que al principio eran nueve. Traté de encontrar a un sacerdote que me ayudara, porque aún estaba ocupado en Roma con la Propaganda. Por otra parte, no pensaba entregarme completamente a esta obra. Estos seminaristas harían sus estudios de filosofía y de teología en la Universidad de Friburgo, no tendrían clases propiamente dichas en esta casa de Don Bosco. Ella tenía más bien el fin de crear un ambiente espiritual que los ayudase a hacer sus estudios y también a formarse espiritualmente, sacerdotalmente. Así, encontré al Padre Clerc, que vino a ayudarme durante algún tiempo. El mes de octubre de 1968 fue, por lo tanto, el comienzo de este pequeño hogar...

La Providencia, una vez más, me llevaba por caminos por los que mucho no quería caminar. ¡Pero caminé!

UNA EXTRAÑA ENFERMEDAD

Mas de pronto caigo enfermo, realmente enfermo, les aseguro, a partir del 8 de diciembre. Estaba en Roma, y tenía gripe, una gripe peligrosa, la gripe de Hong Kong. No sabía qué enfermedad había atrapado, pero me sentía mal, me dolía el hígado, me dolía por todas partes, dormía con dificultad. Tuve que hacerme atender, no podía hacer de otro modo. Para descansar un poco durante algunas semanas, me fui a la casa de los Padres del Espíritu Santo, contando con que el Padre Clerc se encargaría de los seminaristas. Pero mi estado de salud empeoraba.

Finalmente tuve que ser internado en una clínica en Friburgo. ¡Verdaderamente creía que me moría! No podía comer, tenía la lengua completamente seca, no podía tragar ningún tipo de alimento. ¡Los doctores... los análisis...! Ya saben ustedes cómo es : análisis tras análisis. Se analizaba todo : *«Usted no tiene nada, no le encontramos nada, no tiene nada.»* Usted no tiene nada, pero mientras tanto no podía comer, adelgazaba, me moría. Una vez, estando así, tuvieron por fin la idea de hacerme un sondeo de estómago y de hígado. No sé quién les dio esta idea, pero menos mal que la tuvieron. Supongo que es la Providencia; en todo caso se descubrió que yo tenía parásitos, parásitos que me estaban royendo el hígado : *estróngilos*. Hicieron analizar algunas muestras por el Instituto tropical de Basilea; y la respuesta fue : *«Estróngilos, ha de tomar tal y cual medicamento para deshacerse de ellos, y después de un poco de convalecencia se encontrará mejor.»* ¿Dónde había atrapado yo esos parásitos? No lo sé. ¡En Africa, ciertamente!, me decían. Pero ya hacía mucho tiempo que yo me había ido de Africa, no era posible. ¡Entonces lo han envenenado! No sé nada. Pero la explicación más graciosa fue la de mi hermana menor, María Teresa, que vive en Colombia. ¡Pequeña pícara! Fue a buscar en el diccionario médico de *Larousse* la definición del término «*estróngilo*» : ¡parásito que se encuentra generalmente en los puercos, y que sólo se descubre después de la autopsia! ¡Oh, estoy bien arreglado! Ella estaba muy contenta de haberlo descubierto en el *Larousse* médico. ¡Menos mal que no se descubrió esto después de la autopsia, sino antes!... Así, seguí la debida medicación y afortunadamente me

curé.

De este modo pude proseguir el trabajo con los seminaristas. Pero de veras creía que Dios no quería que llevase a cabo esta obra, porque en el estado en que me encontraba...

¡Y otra vez se presentan nuevas pruebas! Tres seminaristas se van, luego un cuarto. Llegamos a fines de mayo, y sólo quedan los reverendos Aulagnier, Tissier de Mallerais y Pellabeuf. «*Queridos amigos, les dije, me parece que el año que viene van a tener que instalarse en el seminario interdiocesano que visitamos últimamente. Traten de organizarse por su cuenta para hacer juntos los ejercicios de piedad y otros. Yo no voy a poder seguir así, no vale la pena, paramos aquí la experiencia.*» Entonces los reverendos Aulagnier, y sobre todo Tissier de Mallerais, dijeron : «*¡No! ¡Ah, no! No hay que parar nada, no queremos ir a esta casa donde no hay nada. ¡No queremos ser formados así, de ningún modo! Vamos a seguir, tal vez lleguen algunos más.*»

Así fue : durante el mes de junio recibo once pedidos. ¡Once pedidos! ¡No es posible! Será preciso, pues, que siga adelante. No hay nada que hacer.

Y entonces nuestros amigos, los reverendos Aulagnier y Tissier de Mallerais, me dicen :

— *Monseñor, ¿qué va a ser de nosotros después? Cuando salgamos del seminario, ¿dónde iremos?*

— *Bueno, volverán a sus diócesis y trabajarán en sus diócesis.*

— *Pero los obispos no nos aceptarán jamás si guardamos la Tradición, si guardamos la sotana, si queremos mantener todo esto; ¡no querrán aceptarnos jamás! Nos van a echar de todas partes. Jamás podremos trabajar en nuestras diócesis.*

— *Pero entonces ¿qué hay que hacer?*

— *Deberíamos permanecer juntos, crear una sociedad que nos reúna, y tratar de conseguir que un obispo nos acepte y nos permita continuar la Tradición trabajando juntos, no de otro modo.*

— *¡Hombre!, dije yo, tal vez tengan razón... Tratemos de fundar una sociedad. Pero haría falta que esta sociedad sea aprobada. Ocupémonos primero de los estatutos.*

Así, pues, redacté los estatutos de la sociedad, y al llevárselos a Monseñor Charrière yo me decía : «*Si Monseñor Charrière acepta, está bien, pero mucho me extrañaría. El sabe que estamos en favor de la Tradición, pronto acabará su mandato, tiene ganas de presentar su dimisión para el próximo mes de enero; no se querrá comprometer en un asunto como este. ¡En fin, veamos!*»

— *Bueno, voy a examinar esto, me dijo. Vuelva después de las vacaciones, y ahí veremos.*

Mientras tanto, ¿qué íbamos a hacer con los once jóvenes esperados, y con los tres seminaristas que habían quedado? Los Salesianos ya no querían seguir alojándonos. Habían comprendido que estábamos en favor de la Tradición, puesto que no queríamos aceptar la nueva Misa. El Padre se lo había dicho a su Provincial : «*Mire usted, son tradicionalistas, no aceptan la nueva Misa, siguen diciendo la antigua Misa, así no podemos seguir alojándolos en nuestra casa, no es posible.*» Nos comunicaron, pues, que al final del año debíamos retirarnos. Por lo tanto, había que buscar otra casa una vez más.

LA VIGNETTAZ

Fue entonces cuando Dios nos dio, en Friburgo, esta magnífica casita de la «Vignettaz». Allí transferimos, pues, todos nuestros efectos personales a fines del mes de junio, y así nuestros seminaristas habrían podido continuar allí, como habían comenzado con los Salesianos. Pero para los once nuevos había que prever, antes del seminario, un año de preparación, de espiritualidad, una especie de noviciado. ¿Dónde alojarlos? Buscamos en los alrededores de Friburgo, en todas

partes. Pero era difícil encontrar algo.

En ese momento me dicen, desde Francia : *«Pero vaya a ver al Doctor Lovey. El tiene en el Valais una casa que tal vez podría poner a su disposición, una casa que perteneció a los canónigos del Gran San Bernardo.»* El Doctor Lovey vive en Fully... Yo no conocía personalmente al Doctor Lovey. Pero Fully me recuerda algo : conozco muy bien al párroco Bonvin que se encuentra allí. Es uno de mis antiguos compañeros de seminario, estábamos juntos en el Seminario francés. Ya nos habíamos encontrado varias veces.

Fui, pues, a Fully para ver al párroco Bonvin y le digo :

— *¿Conoce usted al Doctor Lovey?*

— *Claro que lo conozco. ¿Por qué?*

— *Bueno, parece que tiene una casa que podría poner a nuestra disposición para hacer en ella una especie de noviciado, un año de espiritualidad. Querría saber si la cosa es verdaderamente posible.*

— *Es muy sencillo, lo invitamos, almorzamos juntos, y ya verá usted, ya lo conversarán.*

El Doctor Lovey llegó. Era la primera vez que me encontraba con el Doctor Lovey, y me dijo :

— *¡Sí, es verdad! Tenemos una casa en espera de que se le asigne algún uso. Los canónigos del Gran San Bernardo vendieron su casa de Ecône, que era su granja agrícola y al mismo tiempo un noviciado. También hacían allí la cría de sus perros. Cuando nos enteramos de que la querían vender, no quisimos que esa casa, que fue durante seiscientos años una casa de religiosos del Gran San Bernardo, se convirtiese en una casa destinada a cualquier cosa, tal vez hasta en casa de mala vida. Entonces nos reunimos cinco señores del Valais : el señor Genoud, el señor Rausis, el señor Marcel Pedroni, su hermano Alfonso Pedroni y yo mismo, y decidimos formar una asociación y comprar esta casa del Gran San Bernardo... ¡Vamos! Ya le encontraremos luego un uso. Se la hemos propuesto ya al Carmelo de Montelimar, que quería instalarse por allá, pero el edificio no les convenía. Ahora la ocupa un grupo de discapacitados, pero me da la impresión de que tampoco van a quedarse en ella... En fin, podemos verlo... conversarlo con ellos... Si a usted le conviene esta casa, está bien. Y si no le conviene, ya buscará en otra parte.*

La idea era buena. Por eso fuimos a visitar la casa de los discapacitados. Era la primera vez que me encontraba con el párroco de Riddes. El párroco de Riddes estaba muy contento de pensar que tal vez habría seminaristas no lejos de su parroquia, de su pueblo. Visitamos la casa, y cantamos una *«Salve Regina»* en la capillita de Nuestra Señora de los Campos. Ya era casi una acción de gracias. ¡Todavía no estaba hecho el trato, pero bueno!

Todo se precipitaba, verdaderamente... porque la Providencia nos conducía adelante. Había que seguir, continuar, y encontrar también sacerdotes para encargarse de los jóvenes que vendrían allí. En efecto, los discapacitados no se quedaron, y el Doctor Lovey me dijo : *«Bueno, ahí tiene la casa, está a su disposición. Puede instalarse en ella cuando quiera. ¡Y luego ya verá usted!»*

Es lo que hicimos. El mes de octubre vinimos a instalarnos. Habían sido dos etapas importantes. Veían ustedes, una casa en Friburgo, y la casa de Ecône. Tres seminaristas por un lado no era gran cosa; pero después se les juntó otro, el reverendo Waltz, ya eran cuatro, y luego el reverendo Cottard, ya eran cinco. Cinco en la Vignettaz y once en Ecône. Ya era un buen comienzo.

LA APROBACIÓN

Sin embargo, había que saber si Monseñor Charrière estaba de acuerdo para aprobar esta famosa sociedad. ¡Sí o no! Fui a verlo con muchas dudas, y temiendo que no la aceptase. Era el 1 de noviembre, y me dijo : *«Sí, sí, estoy de acuerdo, estoy completamente de acuerdo. Sí, sí. Aho-*

ra mismo llamo al secretario.» Y dijo al secretario : «Prepare una hoja, etc. Escriba a máquina mi aprobación canónica de los estatutos de la Fraternidad San Pío X, fundada por Monseñor Lefebvre, etc.»

Yo me decía : «¡¡¡No es posible!!! ¡Estoy soñando! ¡No es posible!» Aún me veo de regreso a la Vignettaz con los estatutos, la firma de Monseñor Charrière y la mía, en medio de los seminaristas, y diciéndoles : «Bueno, ya está, **los estatutos de la Fraternidad han sido aprobados**» ¡Oh! Tampoco ellos me creían. ¡Ah, esto es una señal de la Providencia! ¡Aprobados por el obispo del lugar... es formidable! Porque tres meses más tarde le sucedía Monseñor Mamie, que ya estaba contra nosotros. El no habría querido que Monseñor Charrière, de quien era vicario general, diese su firma para esta Fraternidad. No estaba de acuerdo, pero la cosa ya estaba hecha.

EPÍLOGO

Las Hermanas de la Fraternidad San Pío X

Esta es, pues, la historia de Ecône, ustedes ya la conocen. Luego vino la *historia de las Hermanas*.

La primera que se presentó para ser Hermana de la Fraternidad creía que la Fraternidad existía ya. La Fraternidad de las Hermanas aún no existía de hecho, pero existía en mi cabeza. Así, pues, ella se presentó : «*Quiero formar parte de la Fraternidad.*» ¡Estaba totalmente decidida, quería entrar en la Fraternidad, en las Hermanas de la Fraternidad! ¿Qué hacer? Yo no me sentía capaz de fundar una Congregación de religiosas, pero me habría gustado mucho que haya una. Esa candidata llegó con otra joven, y luego Sor María Gabriel ⁷ vino en su socorro, etc., etc.

EPÍLOGO

La Providencia nos ha conducido de veras. Yo me hacía el lento, se lo aseguro, caminaba con pies de plomo. Pero me veía llevado, empujado, arrastrado, cada vez un poco más, un poco más, hasta quedar atrapado. Y ahora ustedes conocen la historia de la Fraternidad.

Ya ven, pues, que no puedo decir que soy yo verdaderamente quien ha dicho : «*Voy a hacer esto, será así... y pienso que... y quiero que...*» No fue así de ningún modo. Reconozco, y todas ustedes lo habrán podido observar, que en toda mi vida sucedió lo mismo. Cada vez la Providencia es siempre la que decide. Yo resisto más bien, no estoy tan de acuerdo, no estoy tan deseoso. Pero Ella, a pesar de todo, me empuja : «*¡Ah, no, tiene que venir!*» Y luego, debo confesarlo, veo que en efecto Dios bendice, bendice las cosas, y que todo va bien. Deo gratias! Esperemos que todo siga como hasta ahora...

⁷ La Madre María Gabriel era la propia hermana de Monseñor, Misionera del Espíritu Santo como él.

VIDA DE MONSEÑOR LEFEBVRE CONTADA POR ÉL MISMO

Índice de materias

Introducción.....	1
Capítulo 1 — La infancia	2
<i>El ambiente de vida en el Norte</i>	2
<i>Primera Guerra mundial</i>	3
<i>La vocación</i>	5
Capítulo 2 — Hacia el sacerdocio	7
<i>Primer nombramiento, vicario</i>	10
Capítulo 3 — Pronto religioso, misionero	12
<i>En el noviciado</i>	12
<i>Profesión y primer nombramiento</i>	13
<i>En Gabón, profesor y director</i>	13
<i>La enfermedad, y luego la misión de N'djolé</i>	14
<i>Guerra de 1939 - Movilización</i>	15
<i>Vuelta a Africa - Desmovilización</i>	15
<i>Misión en Donguila</i>	15
<i>Otras misiones</i>	15
<i>Nuevo nombramiento</i>	15
<i>Vuelta a Europa</i>	16
<i>Superior del seminario de Mortain</i>	16
Capítulo 4 — Roma llama, el episcopado	17
<i>La consagración episcopal</i>	17
<i>Vicario Apostólico en Dakar</i>	18
<i>Delegado Apostólico</i>	18
<i>Desarrollo de las misiones</i>	19
<i>Fin de la Delegación Apostólica, Arzobispo de Dakar</i>	20
<i>Dimisión del arzobispado de Dakar</i>	21
<i>Obispo de Tulle</i>	22
<i>Superior General de la Congregación de los Padres del Espíritu Santo</i>	23
<i>El Capítulo General Extraordinario y la dimisión</i>	25
Capítulo 5 — No adelantarse nunca a la Providencia	27
<i>Friburgo</i>	27
<i>Carretera de Marly</i>	29
<i>Una extraña enfermedad</i>	29
<i>La Vignettaz</i>	30
<i>La aprobación</i>	31
Epílogo — Nacimiento de la Congregación de las Hermanas	33